

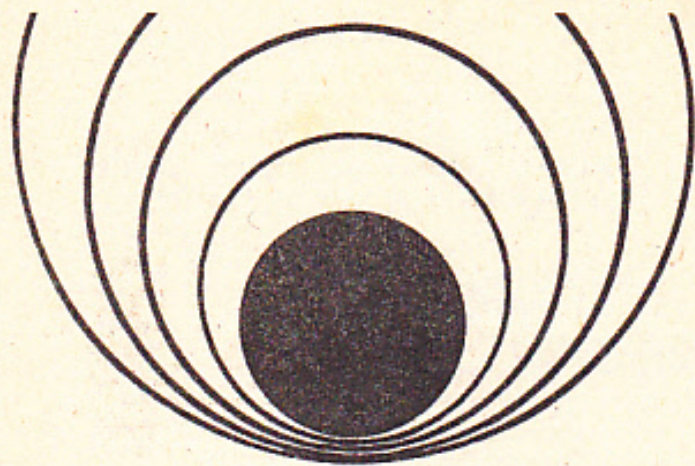
BOLSILEROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

ATRAPADO

Albert Rosbund





PUNTO ROJO



ALBERT ROSBUND

ATRAPADO

Colección PUNTO ROJO n.º 980
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

516 — Llega un verdugo.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

437 — Lazo de sangre.

En Colección PUNTO ROJO:

973 — Tierra al asunto.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.585 — Un sangriento enigma.

En Colección CALIFORNIA:

1.269 — Guerreras grises.

ISBN 84-02 02520-X Depósito legal: B. 38.622 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: febrero. 1981

© Albert Rosbund -1981

© M. García - 1981

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parés del
Vallés (Nº 2, Km 21,650) Barcelona - 1981

CAPITULO PRIMERO

—Frank, estoy preocupada.

Cuando Edna me echaba las manos al cuello y me decía esto, yo ya imaginaba de qué se trataba. Algo relacionado con su hermano Chris.

—¿Qué pasa ahora?

—Lleva dos días sin aparecer por casa.

—Hummm...

—No me gusta, Frank.

—Ya es mayorcito.

—Lo sé, pero tengo miedo. No hace nada, sus amistades son poco recomendables, temo que cualquier día se vea metido en un feo asunto.

—Sí, claro.

Lo que iba a pedir al final también era fácilmente adivinable. Su mirada lo expresaba mucho antes que lo hiciera su garganta:

—Ayúdame, Frank.

Y lógicamente yo dejaría el trabajo y me pondría a buscarlo. Como esto ya había sucedido en otras ocasiones, la cosa no se presentaba muy difícil, justo es reconocerlo. Sabía la clase de lugares que Chris frecuentaba habitualmente, incluso conocía a algunas de esas amistades poco recomendables nombradas por Edna.

Forcé una sonrisa y dije:

—Lo haré.

—Gracias, cariño.

Ella me dio un cálido beso. De esta forma cobraba ánimos y hacía más a gusto la faena de búsqueda del hermanito descarriado.

Realmente, estaba hasta las mismísimas narices de Christopher Morgan, hermano de Edna, al que todos llamábamos Chris a secas. A sus veintidós años no era más que un vago, un fanfarrón y un caradura al que sólo soportaba por ser hermano de quien era. Edna y él habían quedado huérfanos a temprana edad —Chris únicamente con doce años— y Edna había tenido que ocuparse de que salieran adelante. Absorbida por el trabajo y la faena de casa, su hermano se había terminado de criar con las bandas juveniles del barrio modesto en que vivían. Aunque luego cambiaron de domicilio, cuando la situación económica de Edna se hizo más desahogada, Chris ya había echado allí profundas raíces. No tenía oficio conocido actualmente —aunque había ejercido cuatro o cinco de los que fue despedido al poco tiempo— le mendigaba a su hermana y las pocas veces que tenía dinero propio en los bolsillos más valía no saber de dónde diablos procedía.

—¿Qué piensas?

—Nada.

—Si no quieres...

—Qué va —la corté sin mucha convicción.

Edna y yo solíamos reunirnos a almorzar en Harry's, un sencillo y confortable restaurante cercano al lugar de trabajo, cuando me encontraba en la ciudad y no por ahí de viaje. La empresa —del ramo de muebles y decoración— era la misma para ambos. Precisamente en ella nos habíamos conocido un par de años atrás, cuando yo llegué a la gran ciudad dispuesto a conquistarla y me tuve que conformar con un modesto puesto de representante. Edna trabajaba como secretaria del Departamento de Ventas, en las oficinas que había en Denver (la fábrica se encontraba en las afueras, en la carretera a Aurora), con horario fijo. Yo, en cambio, gozaba de más libertad de movimiento, pero también es verdad que tenía que hacer muchas millas al cabo del mes y en ocasiones acababa asqueado de tanta carretera y de tanto volante.

Ahora, tras el almuerzo, nos hallábamos frente a la puerta de las oficinas, despidiéndonos. Ella volvió a besarme cariñosamente.

—Hasta luego, Frank.

Me alejé con el coche, pensando en nuestras relaciones. Después de dos años, habían llegado a un punto estable, casi me atrevería a definirlo como rutinario. Edna, a sus veintisiete años de edad, de mediana estatura, morena, con unos bonitos ojos oscuros y un rostro de facciones atractivas, sin llegar a ser bellas, no despertaba en mí una gran pasión, algo así como un amor loco. Y supongo que igual le sucedía a ella respecto a mí. Esas cosas sólo quedan para las películas. Lo nuestro era un amor sencillo, cotidiano, como tantos y tantos que existen anónimamente en el mundo. Habíamos hablado ya de boda, pero sin mostrar excesiva prisa. Precisamente lo que más me detenía en ese aspecto era Chris, su hermano, tener que vivir junto a él. No me hacía maldita la gracia.

Como tampoco me hacía maldita la gracia meterme en los barrios bajos de la ciudad, allí donde se reúne lo peorcito y donde posiblemente encontrara al 'golfo de Chris..., si no se había cumplido ya el temor de Edna y había acabado de mala manera en cualquier calleja o había ido a llenar con sus carnes y huesos una celda del Precinto del distrito. Lo cual habría sido un alivio definitivo.

Pero no hubo suerte en ese sentido. Sí en el de hallarlo rápidamente. No tardé más de una hora. De Gun's, un antro en toda la extensión de la palabra, repleto de prostitutas y chulos, me fui a los biliars de Lou Fisher, gracias a la indicación de una de las fulanas con la que yo sabía que él mantenía contactos de vez en cuando, pues los había pillado *in fraganti*.

Allí, en los billares, estaba junto con otros, todos bastante tocados por el alcohol y algún que otro porro. Se les notaba. Y a pesar de eso, intentaban darle a la bola con el taco entre tontas risas.

—¡Eh, ha entrado un señorito! —gritó uno mientras le daba tiza a la punta del taco.

Y todos miraron hacia mí.

—¡Se trata de mi ángel de la guarda! —chilló Chris. Era alto, bien parecido y fuerte. Vestía una sucia camisa a cuadros y unos tejanos desgastados—. ¡El galán de mi hermana!

Yo dije secamente:

—Anda, Chris, vamos.

—¿Vamos? —inquirió con un gallo de voz.

Todos habíanse desprecupado del juego y nos observaban con curiosidad.

—Creo que no te encuentras bien.

—¿Me estás llamando loco?

—No. Simplemente estás indispueto. Estos amigos te sabrán disculpar.

—¡Vete al infierno!

—Por otro lado, tu hermana está preocupada por tu falta a casa...

—¡Puedo hacer lo que quiera!

—*Okay* —asentí—. Eso ya lo hemos discutido muchas veces. Mientras no te independices y vivas bajo el techo de ella y a sus expensas, le debes un respeto. Si quieres hacer lo que te dé la gana, vete a vivir tú solo y no des más la lata con tus lastimeros lloriqueos —acabé diciendo duramente, enfadado. Con él y conmigo. No me gustaba aquel papel.

—¿Tú lloras, Chris? —se rió uno de sus compañeros, aguantándose en pie gracias al taco.

—Oye, oye —se me encaró el hermano de Edna, rabioso—, ¿quién te has creído que eres para soltarme ese estúpido discurso? ¿Mi padre?

—No. Anda, vamos.

—¿Y si no quiero?

Me lo pensé mientras me humedecía los labios con la punta de la lengua, observando uno a uno a los allí presentes. En los ojos grises de Chris había un brillo de desafío.

—Creo que debes venir —dije al fin.

Chris sonrió, echando a andar hacia mí. Dejó el taco sobre una mesa de camino y me escupió la respuesta en la cara, brazos en jarras, una postura muy peculiar de él:

—¡No!

Aquello tomaba un feo cariz. Dar media vuelta era quedar como un cobarde, seguir adelante podía traer graves

contratiempos. Nunca había sucedido nada de esto, Chris siempre había claudicado, sabiendo lo que se jugaba, techo y dinero, pero también es cierto que nunca me lo había encontrado medio borracho y drogado.

No me dejó decidir. Tenía ganas de guerra y fue él mismo quien comenzó.

Me dio un soberano empujón espetándome:

—¡Lárgate, galán barato!

Los otros rieron mientras yo trastabillaba y recuperaba el equilibrio con dificultad.

—Te estás sobrepasando, Chris.

—¿Ah, sí? —se burló viniendo hacia mí. De pronto me propinó otro empujón.

—¡Chris!

—¿Quieres que te lleve así hasta la puerta? ¡Fuera!

Intenté reaccionar, no dejar avasallarme y eso era lo que esperaba. A pesar de su estado, seguía siendo más fuerte que yo. Y por si eso no era poco, dos de los presentes vinieron y me agarraron. Se organizó una desigual pelea en la que yo salí perdiendo, evidentemente.

Chris, con una feroz sonrisa en su rostro, me tomó por la pechera.

—¿Has aprendido la lección, ángel guardián?

Yo no le respondí porque me encontraba hecho un trapo, horriblemente fatal. De un momento a otro iba a vomitar.

Me sacó a rastras del local y me dejó tirado sobre la sucia calleja.

—Anda, ve y llórale a mi hermana —fue su despedida.

* * *

—Lo siento, Frank.

Edna estaba muy compungida. Había acudido a mi apartamento tras salir del trabajo, pues yo la había telefoneado dándole cuenta de lo sucedido. A pesar de que me había ayudado a curarme las magulladuras del rostro y me había preparado una frugal cena, no sabía qué hacer más para demostrar lo mucho que lamentaba cuanto había ocurrido con su hermano.

—No debí pedirte que...

—Olvidalo.

—¡Ese chico me va a volver loca!

—Lo que has de hacer es no preocuparte de él —dije, tumbado sobre la cama. El cuerpo había empezado a dolerme—. Al diablo se vaya. Déjale.

—Claro, tú hablas así porque no es tu hermano...

Apreté los labios. No quería continuar por ese camino, me lo sabía de memoria de otras ocasiones. Al final acabábamos peleados entre nosotros por culpa del mierda de Chris.

—Perdona, Frank, estoy muy nerviosa —se disculpó ella, acercándose a mí, mimosa.

Al día siguiente tomé el coche y me lancé a la ruta, dispuesto a visitar clientes, realizar pedidos y apartar de mi mente el asunto Chris. Estuve un par de jornadas fuera, hasta el viernes por la noche. Al llegar, lo primero que hice fue telefonear a Edna, interesarme por ella, hablar de nuestras cosas. Ella insistió para que fuera a almorzar a su casa al día siguiente.

Me llevé una gran sorpresa al encontrarme allí con su hermano Chris. Ni siquiera se me había ocurrido la noche pasada preguntarle por él y por otro lado Edna nada me había comentado al respecto.

A pesar del mal gesto que compuse al verle, Chris en seguida se adelantó con una sonrisa amigable en los labios a decir:

—Lamento lo que sucedió, Frank —me alargó al mismo tiempo la diestra—. De veras. Estábamos todos un poco idos.

Edna miraba la escena esperando que hiciéramos las paces. Me costó bastante aceptar su mano, pero lo hice por ella únicamente. Sabía que Chris era un cínico y presentía que todo aquello era una pantomima para buscar sobre todo el perdón de Edna y conseguir algún sablazo. Volvería a las andadas. No tenía remedio.

—Está bien —dije.

Edna alegró el rostro.

—Vamos a la mesa —dijo—, he preparado algo que os hará chupar los dedos...

Edna procuró en todo momento hablar, tratando de que la tensión desapareciera, pero no lo consiguió totalmente. Por mi parte era muy difícil. Chris, en cambio, se mostraba muy sereno, tragando cuanto le servían.

—¿Te acuerdas de Leyla, Chris?

—¿Aquella pelirroja...?

—Sí.

—¿Leyla? —tercié yo.

—Tú no la conoces, Frank, y creo que apenas te he hablado de ella...

—No recuerdo, la verdad.

—Leyla Perkins vivía en la misma finca que nosotros. Fue muy amiga mía durante algunos años. Era una muchacha muy atractiva, todos los chicos de la barriada estaban locos por ella,

¿verdad que sí, Chris?

Chris soltó un gruñido, con la boca llena.

—Ella soñaba con ser actriz de cine. Y un día, cuando cumplió los dieciocho años, hizo las maletas y se largó a Los Angeles, abandonando a su padre, que era viudo. La verdad es que a partir de entonces apenas supe de ella. Me escribía una carta de rábanos a peras. Y sólo vino en una ocasión, cuando su padre enfermó gravemente, muriendo al poco. Según me contó las cosas no le iban del todo bien, era difícil conseguir un sitio.

—¿Y ahora ya es famosa? —pregunté.

—No se trata de eso. Resulta que abandonó su carrera de actriz y se casó con un alto ejecutivo de una compañía de seguros.

Chris dejó escapar una risita.

—¿Leyla casada?

—¿Por qué te ríes?

—No me lo imagino.

—Pues sí, señor, se ha casado. Y ahora se van a venir a vivir aquí porque a su esposo lo han nombrado director de la sucursal de Denver.

—Oh.

—Me ha pedido por favor que nos informemos sobre urbanizaciones del extrarradio de la ciudad. Quisieran instalarse en una de ellas, en una casa propia. Ella hará una escapada el miércoles que viene para ver lo que le hemos seleccionado y escoger lo que le guste.

Chris hizo una mueca, desentendiéndose al momento del asunto. Cuando terminó de comer, consultó su reloj y dijo que se marchaba a dar una vuelta por ahí. Pero antes volvió a estrechar mi mano y a darme excusas.

Edna y yo nos quedamos solos, y ella se pasó buena parte de la tarde hablándome más y mejor de su amiga Leyla. El resultado de todo esto es que el lunes y el martes tuve que alternar mi trabajo con el ruego de la tal Leyla para que cuando viniera el miércoles tuviera un buen muestrario. La amiga de Edna había comenzado a intrigarme y fastidiarme a la vez. Y cuando la vi bajar por la escalerilla del avión pasé de la intriga y el fastidio a la total admiración.

¡Qué mujer!

CAPITULO II

No sólo llamó mi atención sino también la de todos los que nos encontrábamos en la terraza del aeropuerto. Era una mujer alta, exquisitamente formada, todas sus curvas soberbiamente resaltadas por el ceñido vestido blanco y azul. Su melena, de cabellos rojos como el fuego, ondeaba al viento, y su forma de caminar por la pista era todo un espectáculo, algo difícil de olvidar.

Edna hizo señas con la mano y la otra le correspondió de la misma forma, añadiendo una sugestiva sonrisa.

—Vamos abajo —dijo Edna.

Fuimos. Tenía un gran deseo de verla de cerca, recrearme en los detalles. Todo cuanto de ella me había hablado Edna me parecía ahora poco.

Leyla ya había salvado los pertinentes trámites y esperaba mirando hacia todos lados. Al ver a Edna corrió hacia ella y la abrazó y besó.

—¡Oh, Edna, qué bien estás!

—Tú sí que estás bien.

No fueron muy originales en sus respectivos requiebros mientras yo ya me la comía con los ojos al igual que mucha gente que llenaba el amplio vestíbulo. Poseía un rostro ovalado, unos ojos verdes chispeantes, una naricilla respingona, unos labios pulposos que al entreabrirse dejaban ver una doble y perfecta hilera de dientes blancos como la leche. Los senos casi se le salían por el generoso escote, eran dos altivos globos de carne. Toda ella mareaba, incluso el perfume que la envolvía.

Se quedó algo parada al verme.

—Este es Frank, mi novio.

—Oh.

—Hola —dije alargando mi diestra. Pero ella se mostró muy familiar y me endosó un beso.

—Encantada, Frank.

—Igualmente.

Pero no me hizo mayor caso. Rápidamente cogió por el brazo a Edna y dijo:

—Bueno, vayamos al asunto. El próximo avión sale a las siete de la tarde.

Yo me limité a la función de conductor de auto mientras ellas charlaban como cotorras, las dos sentadas en el asiento posterior del auto. Edna había conseguido librar aquel día para poder acompañar y atender a su amiga.

—¿Qué tal te va, querida?
—Bien.
—¿Y Chris?
—Por ahí, en sus cosas.
—Ya debe estar hecho todo un hombre...
—Sí. ¿Y tu marido?
—Un hombre magnífico. Ya le conocerás.
—Ha sido una sorpresa saber que te habías casado.
—Fue una cosa rápida, dicho y hecho.
—Pero tú, con tus ideas...
—De repente encuentras el hombre que te hace cambiar de opinión respecto a muchas cosas y... ¡y estás perdida! —se echó a reír.

Tiene que ser verdaderamente un hombre magnífico para haberla hecho perder la cabeza, pensé mientras la observaba gracias al espejo retrovisor. Me subyugaba.

Fue un día agotador, yendo de un lado a otro para visitar todas las urbanizaciones de la lista que había confeccionado durante el lunes y martes pasados. Ella lo observaba todo con gran meticulosidad y luego tomaba notas en una agendita. Hicimos un alto para almorzar y poco pude intervenir en la conversación. Lo que más me dolió de aquella jornada es que apenas existí para ella. Solamente en alguna ocasión me dirigió una sonrisa.

Al final se decidió por una casita de dos plantas, con garaje y jardín, perteneciente a una urbanización sita al norte de Denver, entre ésta y la población Westminster. Firmó un precontrato y sin ninguna queja aceptó dejar un talón por valor de diez mil dólares como señal. Realmente deben nadar en oro, pensé.

A continuación regresamos rápidamente al aeropuerto porque era ya casi la hora.

—Avisaremos antes de venir —fue lo último que le oí decir. Y luego me dio otro beso, en esta ocasión como despedida.

Se marchó tan veloz como había llegado. Y camino de casa fui pensando si todo no había sido más que un sueño.

* * *

—¿No sabes nada de tu amiga Leyla?
—No.

Durante aquella semana no había podido sustraerme a su recuerdo y a sus besos, máxime teniendo al lado a Edna hablándome con admiración de ella. No sabía exactamente lo que

me sucedía, pero lo cierto es que incluso me había pasado una noche en vela por su culpa. Y sin poder aguantarme más le había preguntado a Edna, aprovechando la oscuridad de un cinematógrafo para protegerme. Estaba impaciente por volverla a ver, por averiguar si lo que me atormentaba era algo serio. Aunque eso significara quemarse...

—¿Por qué esa pregunta? —inquirió Edna. La película era una comedia intrascendente, de poco interés.

—Me extraña que no haya dado señales de vida.

—¿Tanto te impresionó?

Respingué sin poderlo evitar. Debí palidecer también, pero eso no lo pudo apreciar ella.

—Era sólo curiosidad.

—Lo supongo —rió ella, aliviando mi tensión. Alguien desde detrás nos chistó y ahí terminó todo el diálogo. Luego, a la salida, para evitar el tema saqué a colación a Chris, muy a pesar mío, y Edna me estuvo comunicando sus preocupaciones por su hermano.

Pasaron tres días más y por fin llegó la noticia. Leyla venía con su esposo.

* * *

Fuimos a esperarles al aeropuerto. Era un domingo. Y lucía un sol espléndido.

En esta ocasión la sorpresa me la llevé al conocer al esposo de Leyla. El hombre magnífico. Abrí y cerré los ojos un par de veces porque no me lo creía. Imposible que una mujer como ella...

—Richard Fleming, mi marido —nos presentó, tras el beso de rigor—. Edna Morgan, Frank Lipton...

El alto ejecutivo de la compañía de seguros Phoenix nos estrechó la mano efusivamente.

—Encantado, amigos.

Richard Fleming trataba de ser jovial, pero no lo conseguía. Ni siquiera lo era. Contaría cerca de los sesenta años de edad, era de mediana estatura, algo obeso, pelo escaso y cano. En su rostro, de facciones angulosas, los ojos eran como dos cabezas de alfiler. Al lado de Leyla, toda hermosura y vitalidad, parecía su abuelo.

Les ayudamos a recoger las maletas. Según explicó Fleming —el cual nos recomendó que le llamáramos Dick, como todos sus amigos— al día siguiente llegarían más enseres y el automóvil de

su propiedad por transporte terrestre.

Todos juntos nos trasladamos a su nueva residencia. A Fleming le encantó, alabando una y mil veces el buen gusto de su esposa, a la que prodigaba constantes carantoñas. Como estaban cansados y tenían mucho que hacer por delante quedamos en volvernos a ver dentro de unos días, acudirían invitados a casa de Edna a cenar.

Aquel fue un encuentro frustrante. Era tanto mi deseo de volverla a ver y todo cuanto ocurrió me pareció tan poco, tan vacío de interés, que quedé malhumorado. Más cuando pensaba en el tal Richard Fleming, un hombre que estaba para el retiro, que era imposible que la pudiera satisfacer. Durante aquellos días de entreacto, Edna, en una sola ocasión, hizo mención del detalle:

—No pensaba que fuera tan mayor...

Pero yo no quise seguirle la corriente para no-desvelar mis más íntimos pensamientos.

Y llegó la noche de la cena. Los Fleming fueron extraordinariamente puntuales. El se presentó de smoking y ella con un traje de noche que cortaba el resuello. Edna y yo nos quedamos un poco cortados. Para postre, el golfo de Chris no aparecía.

—¿Y tu hermano? —se interesó Leyla—. Todavía no le he visto el pelo...

—No tardará.

Yo preparé unas copas para entretener la espera y Fleming se puso a contar su situación actual:

—Ya tengo próxima la jubilación, y en verdad que tengo ganas de que llegue para disfrutar mucho más ampliamente de la vida y de esta encantadora mujer que he tenido la suerte de desposar...

A mí se me revolvieron las tripas, pero haciendo un esfuerzo conseguí esbozar una sonrisa.

—Me ofrecieron este puesto de director y no había que desaprovechar la oportunidad. Así cuando me retire tendré una mejor pensión. Y ha sido una agradable casualidad, sobre todo para Leyla, que mi destino fuera Denver, su ciudad natal, ¿verdad, querida?

Le gustaba mucho beber —le llené por tres veces el vaso— y hablar relatando cómo había ido subiendo en la vida, sin dejar de recalcar su procedencia humilde. Su padre había sido un sencillo agricultor californiano.

—Apenas tuve tiempo para las mujeres, al menos para formar un hogar. Y cuando conocí a Leyla hace unos meses en un cóctel me enamoré como un loco de ella. Recuerdo que a la semana ya le estaba proponiendo matrimonio, ¿verdad, querida?

Leyla sonreía, bebiendo su cóctel a pequeños sorbos.

—Incluso tuvo el detalle de abandonar su carrera de actriz para ocuparse de mí y de la casa.

Nuestras miradas se encontraron un instante. Posiblemente hubiera hallado la carrera como esposa de Richard Fleming mucho más prometedora. Había en aquella mujer algo que me decía que no era una estúpida y que sabía muy bien lo que quería de esta vida.

—Soy un hombre muy afortunado —comentó riendo Fleming, y entonces se escuchó un portazo. A continuación hizo acto de presencia en el salón Chris.

—Lo siento —se justificó tras la reprimenda de su hermana—. Me entretuve con unos amigos. Hola, Leyla. Mucho tiempo sin vernos...

—Hola, Chris —saludó ella regalándole un beso y tomándolo por un brazo—. Te voy a presentar a mi marido, Richard Fleming...

Los dos se estrecharon la mano, y ella, sin soltar a Chris, todo lo contrario, apretándole el brazo, comentó:

—Estás hecho todo un hombre.

No me gustaron sus palabras ni el brillo de sus ojos. Sentí que los celos me comían por dentro.

CAPÍTULO III

Edna seguía preocupada por su hermano Chris. No dejaba de comentármelo:

—No me fío de su comportamiento tan manso. Ultimamente es todo bondad.

Yo continuaba pensando en Leyla.

—¿Has sabido algo de tu amiga?

—Quedamos en vernos el sábado en la peluquería.

—Ajá.

Inmediatamente mi imaginación me brindó una solución: ofrecerme a Edna para llevarla a la peluquería o recogerla a la salida. De este modo podría volver a ver a Leyla.

Comenzaba a obsesionarme. Pensaba en su cabellera roja, en sus ojos verdes, en sus sugestivos labios, en sus bravos senos, en toda ella. De pronto miraba a Edna, con su rostro grave por la preocupación, su vestido sencillo de estar por casa, y me parecía una mujer joven cualquiera, una más, incapaz de despertar en mí una gran pasión. Leyla era otra cosa. Algo completamente distinto. Tal vez algo soñado secretamente y que de repente te encuentras hecho realidad. ¿Era lícito ir a por ello?

—Estoy segura de que trama algo —prosiguió diciendo Edna—, ¿Me oyes, Frank?

—¿Eh? Sí...

—En un par de ocasiones le han llamado por teléfono y ha hablado a escondidas, para que no le oyera. Sí, seguro que se lleva algo entre manos.

—Bueno, tendrá un amor secreto —bromeé.

—Esto es serio, Frank.

—Nena, ¿qué quieres que haga? ¿Vigilarlo como si yo fuera un policía? Ya es mayorcito. Te lo dije hace poco y ahora te lo repito. Al diablo se vaya.

Ella me dedicó una mirada de enfado. Presentí cómo podía terminar la conversación, así que apuré la copa y dije que me marchaba.

—Quédate —rogó.

—No.

—Frank, ¿qué te pasa?

Parpadeé, reaccionando un poco violentamente.

—¿Qué me ha de pasar?

—Te veo nervioso, descentrado...

—Bah. Estoy cansado, sólo eso.

Me acerqué a ella y le di un beso. Luego le dije que la recogería a la salida de la peluquería. Era lo mejor, pensaba, de esa forma

tendría más tiempo para estar con Leyla.

* * *

Llamé a la peluquería para asegurar la hora de salida de las dos. Fui puntual, ellas no. Era lógico. Fumé un par de cigarrillos. Me temblaba el pulso. Realmente, estaba nervioso. ¿Puede una mujer trastornar a un hombre sin apenas haber tenido relación alguna, sólo unas miradas y unas palabras...? Ah, y unos fraternales besos. Salieron. No me fijé en Edna, sólo en Leyla. Estaba radiante con el nuevo peinado.

—¿Qué te parece? —preguntó Edna.

Le dije que bien sin ninguna convicción. En aquellos momentos Leyla me daba el besito de rigor. Su piel era fina, tersa. Su perfume embriagaba. Hasta llegué a sentir el roce de sus pechos enhiestos.

No dejé de quitarle ojo gracias al espejo retrovisor. Las dos charlaban entre sí, comentando las últimas modas de peinado y echándose requiebros entre sí.

Al dejarla en su casa, nos invitó a pasar. Edna se mostró algo remisa, pero yo dije que sí. Richard Fleming ya se encontraba allí, en batín y pantuflas, con la copa en la mano. Por su rostro enrojecido adiviné que ya llevaba en el estómago unas cuantas.

Leyla se dedicó a enseñarnos cómo había quedado su nuevo hogar, mientras su esposo se dirigía al mueble bar y nos preparaba unos martinis.

Edna y yo hicimos las consabidas y tópicas alabanzas. Todo era muy bonito.

—De todas formas —repuso Leyla—, quiero introducir nuevo mobiliario, incluso cambiar algunos decorados. He pensado en vosotros, ya que trabajáis en ello.

—Frank... —empezó a decir Edna.

—Desde luego que os ayudaré —me precipité—. Puedo facilitaros toda clase de catálogos para que os hagáis una idea, y un día podemos ir a la fábrica...

—Estupendo —palmeó ella.

—Pues el mismo lunes os los traeré.

Pensé en el lunes por la mañana, cuando él no estuviera en casa. Pero fue un encuentro decepcionante. Cuando llegué a su casa, nadie me abrió. Tuve que esperar media hora. Al fin apareció ella con un par de bolsas de papel en las manos.

—Tenía que hacer unas compras. Lo siento.

—No importa.

La ayudé y así pudo abrir con facilidad la puerta. Pasamos al interior. Las bolsas quedaron en la cocina y ella tomó los catálogos, hojeándolos.

Yo había tomado asiento, embelesado con su figura. No usaba sujetador. Tenía dos grandes y hermosas aureolas mamarias que se transparentaban gracias a la fina tela de la blusa que vestía.

—Bueno —me dijo—, ya los veré con mayor calma con mi esposo. Gracias por la molestia, Frank.

—Eh...

Me di cuenta que era ya la despedida, que no pensaba discutir conmigo los modelos.

—Voy a darme una ducha, estoy acaloradísima —comentó pasándose una mano por la frente.

La boca se me quedó seca, sin saber qué decir. Mi imaginación lo hacía todo.

—Cuando tengamos algo decidido, avisaré a Edna.

Me puse en pie, fastidiado. Ella abrió camino hacia la puerta con un rítmico movimiento de caderas. Era todo un espectáculo contemplarla.

—Gracias, Frank.

Eso sí, me dio un beso de despedida. Y el resto del día trabajé de bastante mal humor. Los clientes pagaron el pato, y luego, por la noche, Edna. Le hice el amor de una forma brutal, varias veces, hasta sentirme rendido. Pero nunca satisfecho.

Yo esperaba impaciente el nuevo aviso de Leyla para volverla a ver. Edna tenía que anunciármelo, pues habíamos quedado que Leyla la telefonaría.

Dos días más tarde me llamó urgentemente Edna cuando ya iba a salir a trabajar, pero lo que me anunció no tenía nada que ver con Leyla.

—¡Van a atracar un Banco! ¡Hay que impedirlo!

* * *

Ese era el nuevo plan de Chris. ¿Es que nunca nos iba a dejar en paz, el muy maldito?

Apresuradamente, Edna me contó que había logrado por fin escuchar la última conversación de su hermano, esa misma mañana. Christ había quedado con otros dos en las cercanías de la sucursal número doce del Hadley Bank. Ella ya había buscado la dirección, estaba en la 13th Street. Habían hablado de un buen

golpe. A las nueve. Faltaba muy poco. Ella no había podido detenerlo, pues había salido corriendo como un loco.

—Tienes que hacer algo, Frank —suplicó con voz quebrada por la angustia.

—¿Llamar a la policía?

—¡No!

Era el temor a que lo encarcelaran, pero el muy golfo no se merecía otra cosa.

—Haz algo... Impídelo...

Edna lloraba a rienda suelta.

—¡Edna! ¡Edna!

No me respondió, no podía hablar ahogada por el llanto. Era inútil. Solté una maldición y colgué. Rápidamente salí a la calle.

Pensé que era un estúpido, pero lo cierto es que ya iba en mi coche rumbo a la 13th Street. ¿Cómo enfrentarse a tres jovencitos dispuestos a atracar un Banco? Si no avisaba a la policía...

Edna no me lo perdonaría. ¿Y por qué pensar en Edna? Estaba Leyla. Apreté los labios. Y seguí adelante.

Los otros dos me importaban un rábano. Tal vez pudiera conseguir que Chris no participara. Miré la hora. Ocho cuarenta y cinco. Aceleré.

El Banco se hallaba próximo a la esquina con Mariposa St. Más allá se veía el Lincoln Park. Detuve el auto y me hice una composición de lugar.

De repente, vi a uno de ellos. Era uno de los del billar. Fumaba y miraba a todos lados. Al otro lo localicé frente al Banco, en la otra acera, mirando un escaparate. Pero lo hacía muy mal. Estaba tan nervioso como yo.

Súbitamente se pusieron en movimiento.

¿Dónde estaba Chris? ¿Dentro del Banco ya? Me estremecí, asustado.

Sonó una bocina de auto y me fijé en el tráfico. No era muy abundante. Entonces vi el coche llegando despaciosamente, acercándose a la acera del Banco. Chris conducía. Coche robado, seguro. Y el plan era claro: los otros dos entrarían, Chris esperaría con el motor en marcha.

Sus compinches ya se aproximaban a la entidad bancaria. Corrí hacia Chris.

—¡Sal!

Se llevó un susto de órdago.

—¿Qué haces aquí, maldito entrometido?

—¡Sal! —rugí.

—¡Lárgate, estúpido!

Abrí la portezuela y lo obligué a salir a trancas y barrancas. A los otros los vi detenerse, preocupados, sin saber qué hacer.

El escándalo ya estaba montado, mucha gente se fijaba en nosotros. No podían seguir adelante.

Chris reaccionó violentamente, atenazándose. Tenía más fuerza que yo.

—¡Cerdo! ¡Cerdo! —farfulló, estrujándose contra el coche. Alzó el puño derecho para estrellármelo en la cara, pero yo le dije:

—No seas loco, va a venir la policía y saldrás perdiendo. Vete.

Por una vez me hizo caso. Se tragó la mala baba, subió al auto y se largó a todo gas.

Yo me ajusté el traje mientras algunos transeúntes se me acercaban, interesándose por el suceso. Traté de localizar a los otros, pero no los vi por ningún lado. Ya se habían alejado.

Alegué que se trataba de una disputa familiar y yo también me fui de allí. El sudor empapaba todo mi cuerpo.

* * *

Edna continuaba preocupada. Ahora no sabía nada de Chris. Dos días sin saber nada de él. Y yo sin tener noticias de la sin par Leyla.

—¿Qué estará haciendo?

Me encogí de hombros. No me importaba. Ya había hecho bastante por él, quizá demasiado. Pensándolo bien, debía haber dejado que siguiera adelante con el atraco y que lo cogiera la policía. Hubiera sido la mejor forma de desembarazarse de él de una vez por todas. Pero por Edna...

—Ya aparecerá, cariño.

La acaricié, la besé, pero ella estaba fría. Se apartó de mí.

—Ahora no, Frank.

Me enfadé más. Iba a soltar un exabrupto cuando agregé:

—Por cierto, me he olvidado decirte que Leyla me telefoneó esta mañana...

—¿Cómo? —salté—, ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Con todo este jaleo... Estoy mareada...

—Oh, sí —me mostré comprensivo—. ¿Qué ha dicho?

—Ya han seleccionado. Pásate por su casa, yo no tengo ganas.

—Sí. Lo haré.

—Ve ahora, estarán en casa.

Estarán, plural. Claro, eran las ocho de la noche.

—No, querida. Iré mañana. Prefiero estar contigo, no te veo muy

animada.

—Gracias.

Compuse la sonrisa del perfecto amante.

* * *

Por la mañana me presenté allí, lleno de impaciencia por verla. Leyla se encontraba en casa, sonriente y feliz. Me dio un beso y yo al mismo tiempo, instintivamente, la rodeé con un brazo por la cintura, apretándola contra mí. El choque me incendió la sangre. Pero no pasó nada más, algo aún me frenaba. Ella me ofreció asiento en el sofá del comedor, diciendo:

—Veamos qué te parece lo que hemos seleccionado...

Estuvo hablando y señalando, pero no le hice mucho caso. Asentía o tomaba notas mecánicamente. Mis ojos estaban fijos en sus piernas, casi por completo al descubierto al subirse excesivamente la falda. Y en sus labios, en sus pechos, en sus manos de dedos largos, delgados, rematados por unas uñas rojas como sus cabellos...

—¿Qué dices?

—Sí, todo bien.

—¿Crees que quedará bonito?

—Por supuesto.

—De todas formas, me gustaría ver todo esto antes de comprarlo.

—Eso tiene fácil solución —salté en seguida—. Vayamos a la fábrica.

—Sí, es lo que había pensado.

—¿Tienes algo que hacer ahora?

—No. En un momento estoy lista.

Fue verdad. Al cabo de cinco minutos apareció con las mismas ropas, un ligero maquillaje en los ojos y un bolso colgado del hombro.

—Vamos.

Fuimos. Correr por la carretera con la capota del coche, recogida, viendo cómo su melena roja ondeaba al viento y su rostro sonreía al recibir el azote del aire, era algo que excitaba. Sin contar con el bamboleo de sus senos y el perfecto trazo de sus piernas.

Cuando llegamos a la fábrica, sita unas millas antes de la población de Aurora, tras salvar el control de entrada, yo me encontraba realmente fatal y ella parecía la más feliz de las mujeres por aquella loca carrera a casi cien millas por hora. No

sabía que yo me había desahogado apretando el acelerador.

Alegremente, con gran desenvolvimiento, algo que parecía tremendamente natural en ella, vio cuanto le interesaba, ambos acompañados por el director de la fábrica. Este era un sujeto alto y delgado, de mediana edad, al que conocía bastante y no tuvo inconveniente en ponerse a nuestra disposición, sobre todo al ver la clase de compañía que yo traía. En todo momento se desvivió atendiéndola, respondiendo a cuanto preguntaba. Me daba cuenta que Leyla poseía un especial imán para los hombres. Si no es tonta, nunca será mujer de un solo hombre, pensé de pronto y eso me hizo sentirme muy mal.

—¿Cuándo podrán servirme lo que quiero? —preguntó ella al final de la visita.

—La próxima semana.

El director de la fábrica indicó que fuéramos a su despacho para concretar el pedido y fijar una fecha para el transporte. Allí, a espaldas de ella, me alzó las cejas en señal de admiración.

Cuando todo quedó resuelto y apalabrado, volvimos a la carretera y a la velocidad. La miraba de reojo y sentía pinchazos en la entrepierna. Hubiera deseado desviarme hacia cualquier motel de la carretera, pero finalmente acabamos ante su casa.

—Bueno, llegamos —exclamó ella, sonriendo.

Pensé muchas cosas, pero sólo acerté a decir:

—Vendré para los detalles.

—Estupendo.

A continuación me dio un beso y las gracias.

—No hay de qué.

Todavía tenía el brazo sobre el respaldo del asiento de ella y me llegaba su aliento. Ya no pude aguantarme más y la estreché contra mí, fuertemente, besándola dónde quería, en los labios, casi mordiéndola.

Cuando nos separamos, transcurrieron dos o tres dramáticos segundos, mirándonos intensamente. Luego ella alzó la diestra y la descargó contra mi rostro.

—No lo vuelvas a hacer —dijo gravemente, antes de descender y alejarse.

CAPÍTULO IV

Estaba tan afectado por lo sucedido que ni siquiera me impresionaron las palabras de Chris cuando apareció por su casa aquel fin de semana:

—¡Sois unos cerdos! —bramaba descompuesto—. ¡Y os odio a muerte!

Edna lloraba.

Por mi parte, pensaba en la violenta situación creada tras el beso. Había descubierto mis sentimientos para nada, sólo para estropear las cosas. Ahora me sentía incapaz de encararla, de mirarla a los ojos.

—¡Malditos, malditos, malditos! ¡He quedado mal con mis amigos por vuestra culpa!

—Chris, Chris...

—¡Ahora podíamos tener forrados los bolsillos de dinero! ¡Ser ricos!

—¡Christ!

—De esa forma te hubieras desembarazado de mí, porque en estos momentos estaría muy lejos. ¡Ahora tendrás que seguir soportándome!

Edna arreció en su llanto, incapaz ya de pronunciar algo. Su hermano fue a proseguir...

—¡Cállate de una condenada vez! —le corté abruptamente—. ¡Aún no es tarde para llamar a la policía, estúpido!

Chris palideció, apretando los puños con mal contenida rabia.

—¡Cerdo! —me espetó, y seguidamente dio media vuelta, desapareciendo en su habitación.

Me acerqué a Edna para calmarla. No hacía más que preguntarse qué podía hacer con un hermano así, entre sollozos. Yo conocía una respuesta que a ella no le gustaba. La dejé correr. Cuando se tranquilizó, le aconsejé que se abstuviera de hacerle comentarios a Chris sobre lo sucedido, de esa forma evitaría discusiones desagradables. Luego me despedí con un beso y me largué a casa. Lo único que hice fue tumbarme en la cama y ponerme a darle vueltas al asunto Leyla. Era lo único que verdaderamente me interesaba. ¿Qué iba a pasar a partir del lunes, cuando tuviera que ir a su casa? ¿Se lo llegaría a contar a su esposo? ¿Y a Edna? Me retorcía, nervioso perdido. Y apenas podía conciliar el sueño. Al día siguiente, domingo, me telefoneó Edna. Ya parecía más tranquila.

—¿Por qué no salimos? —propuso.

—No estoy muy animado, cariño.

—¿Qué te pasa?

—Pues eso, que no estoy animado.

—Si quieres llamo a Richard y a Leyla para que nos acompañen y...

—¡No! —la corté rápidamente.

—Bueno —musitó ella.

—La verdad es que no tengo ganas de ver a nadie —quise justificarme mejor—. Además, tengo cosas que hacer en casa.

—Puedo ir a echarte una mano —se ofreció.

—No. Déjalo.

—Como quieras. Colgué antes de que insistiera más. La verdad es que no hice nada el domingo, salvo pensar y volverme loco. Luego, a media tarde, me dio por la bebida y con eso conseguí finalmente quedar amodorrado y evadirme de lo que tanto me atormentada, casi desquiciándome.

* * *

Me enteré a qué hora exacta le iban a servir los muebles para presentarme con los del camión. Pensé que así sería menos violento, pues no estaríamos juntos.

La cita era inexcusable, ya que había prometido estar presente.

Llegué un poco antes y lo que hice fue esperar dentro del coche, fumando un cigarrillo. Notaba mi corazón algo más acelerado de lo normal.

Cuando los transportistas se pusieron a la faena, bajé y me acerqué como si acabara de llegar.

Saludé a los chicos y luego quedé encarado a ella, que se encargaba de indicarles dónde debían colocar las cosas.

—Hola.

—Ah, hola, Frank.

El saludo de ella fue más bien frío y en esta ocasión ya no me dio el beso de rigor.

—Eee.. —no supe qué decir. Me encontraba tremendamente violento.

—Ahora me gustan más que cuando los vi en 1a. fábrica. Estoy muy contenta.

Fue un cable.

—Magnifico —logré decir.

—Me harían un gran favor si ellos mismos se pudieran llevar los viejos...

—Por supuesto. Yo se lo diré.

Aquello sirvió para separarme de ella y tomar un respiro. Sólo

mirar sus labios me excitaba. Recordaba el momento y más que arrepentirme, lo que ocurría es que renacía el deseo en mí. La veía como una provocación a mi virilidad.

Los del transporte aceptaron sin inconvenientes. Yo me quedé en la calle, viendo cómo sacaban los muebles, mientras ella permanecía en el interior de la casa dirigiendo. Cuando terminaron, Leyla les dio una buena propina y se marcharon.

Nos quedamos solos, cara a cara, en el umbral. Ella parecía muy serena.

—Bueno, aquí tienes mucho trabajo... —dije, iniciando la retirada.

—Para toda la semana.

—Sí... —hice una mueca—. Oye...

—¿Qué?

—Quiero... quiero decirte que lamento lo del otro día —mentí como un bellaco, sólo con el propósito de ser un digno hijo de la sociedad—. Fue... fue un impulso.

—Ya.

—Un estúpido impulso —agregué.

—No tiene importancia.

—Lo siento.

—Está olvidado.

Forcé una sonrisa, dando paso hacia atrás.

—Bueno, ya vendré a ver cómo han quedado colocados los muebles...

—Edna prometió venir.

No sé si lo dijo con la intención de indicarme que no quería verme solo.

—Entonces vendremos juntos —dije.

Ella sí que sonrió con naturalidad. Está tremendamente hermosa, pensé.

—Adiós, Frank.

Antes de que yo le respondiera, cerró la puerta. Di media vuelta, dirigiéndome hacia mi coche. Me llamé imbécil y cobarde. Estaba comportándome como un necio, haciendo todo lo contrario de lo quería. Al diablo los impedimentos sociales, la moral y lo que ella opinara. Al diablo, me repetí, pero seguí en el coche, rumbo a mi apartamento.

* * *

La oportunidad de volverla a ver no se presentó hasta cuatro días

más tarde. Entonces Edna decidió ir de visita, a la salida del trabajo, para ver cómo habían quedado las cosas en casa de los Fleming. Yo no había hecho ninguna alusión. Había tratado de olvidar, de alejar de mi mente a la sugestiva Leyla, y para ello me había puesto a trabajar como un desesperado, prácticamente los cuatro días fuera de la ciudad, de viaje.

A pesar de todo, no lo conseguí. Me era imposible dejarla atrás. Lo poco que había sucedido entre ambos era ya como un desafío. Algo interior me pedía llegar hasta el final, terminar lo comenzado. Acabaría volviéndome loco.

Cuando llegamos, Richard Fleming no se encontraba en casa, pues tenía mucho trabajo en el despacho y no vendría hasta la hora de la cena. Leyla nos recibió muy amablemente, dicharachera como siempre. En esta ocasión me dio un beso y yo pensé que lo hacía para disimular delante de Edna.

Recorrimos la casa los tres juntos, pero yo iba un poco relegado. Ellas no paraban de hacer comentarios acerca de los nuevos muebles. A Edna todo le parecía de maravillas. No era para tanto, pero ya se sabe cómo son estas cosas.

De pronto, se produjo una situación insospechada. Edna se excusó ante nosotros, iba al lavabo.

Nos quedamos solos sin apenas darnos cuenta. Yo no supe qué decir, la miraba, aspiraba su perfume y nada más. Ella pidió:

—¿Me das un cigarrillo?

Me apresuré a complacerla. También le ofrecí la llamita de mi encendedor.

La mano me temblaba un poco. Ella, con mucha naturalidad, me la sostuvo con la suya mientras encendía. Nos miramos intensamente por encima del fuego.

—¿Aún piensas en ello? —preguntó como un susurro, cuando se quitó el cigarrillo de la boca.

Tragué saliva. Sus ojos parecían burlarse de mí. No dije nada.

—Recuerda que yo soy una mujer casada y que Edna es mi mejor amiga y tu novia.

—Sí.

Ella sopló porque yo seguía sin cerrar la caperuza del encendedor.

—Así son las cosas —dijo con un extraño tono. A continuación se sentó en una butaca. Cruzó las piernas magistralmente y se me quedó mirando.

Me encontré incómodo. ¿Cuál era el significado exacto de sus palabras? ¿Qué había querido decir? Ella se removió en el asiento, sonriendo, y la falda se le subió más de la cuenta. Estuve a punto de saltar.

—¡Hola! ¡Ya estoy de vuelta!

Fue un alivio escuchar la voz de Edna. Pero aquella noche no pude pegar un ojo pensando en Leyla. Cuando ya había llegado a la conclusión de que era un sueño imposible y trataba de quitármela de la mente, de pronto parecía que..., no, estaba creyendo lo que secretamente quería..., ¿o sí...?, que ella me incitaba, me decía lo que deseaba, pero que había una serie de dificultades.

Todo volvía a mí con inusitada virulencia y la maldije. Mis relaciones con Edna continuaban por un camino rutinario. Chris seguía tan estúpido como siempre, insultando y rezongando. Intenté salir por ahí, a hacer algunos pedidos. Pero era imposible no estar solo en algún momento del día, y cuando llegaba ese instante, estaba perdido.

Así un día, otro, otro... Y por fin no hizo falta que estallara porque una noche sonó el teléfono y al otro lado del hilo escuché la voz inconfundible de ella:

—¿Frank?

CAPITULO V

—Sí, soy yo.

Mi corazón galopaba.

—Soy Leyla.

—Lo sé.

Rió, y eso me produjo un cosquilleo especial. Maldita, maldita, maldita, pensé.

—¿Qué ocurre? —pregunté intrigado.

—Tengo un problema.

—¿Cuál?

—He discutido con Dick.

—¿Qué? —grité. Noté que la palma de mi mano se humedecía y el auricular resbalaba.

—Hemos discutido, sí. Resulta que a él no le gusta uno de los muebles, no le acaba de convencer. Se trata del aparador. Al final me ha convencido y hemos decidido cambiarlo.

—Oh —murmuré desilusionado. ¿Qué había pensado? Era un estúpido.

—¿Podrías traermé nuevamente los catálogos? ¿Mañana te viene bien?

Mi voz sonó tremendamente ronca al preguntar con toda la mala idea del mundo:

—¿Mañana por la tarde, cuando esté Dick?

—No. Por la mañana. Ya lo discutiremos él y yo en privado. Además, a ti te vendrá mejor por la mañana, ¿no?

Le dije que sí antes de colgar. El resto de la noche no concilié el sueño. No entendía lo que pasaba. O a lo mejor era así, tan claro, tan transparente, y no había otra intención... cosa esta última que en realidad deseaba.

Cuando llegué por la mañana tuve que esperar en la puerta casi un minuto. A punto estuve de dar media vuelta, creyendo que me había tomado el pelo.

Pero no.

Fue ella misma quien abrió la puerta, envuelta en un batín de seda amarilla. Llevaba el pelo suelto, algo húmedo, y los pies descalzos.

—Perdona, pero acabo de salir de la ducha —me sonrió, disculpándose—. Hoy se me han pegado las sábanas.

—Bueno, no tiene importancia —repuse—. Sólo es dejarte los catálogos.

—Pasa, pasa.

Lo hice, oliendo a lavanda. Era ella quien desprendía ese perfume

embriagador.

—Te explicaré de qué se trata, a ver qué opinas.

Llegamos al salón comedor. Durante unos minutos me estuvo contando por qué a su esposo no le gustaba el aparador. A mí me importaba eso un pimiento. Sólo tenía ojos para ella.

—¿Qué dices?

—Pues bien. El que va a vivir aquí es él.

—Sí, claro...

Nos quedamos mirando fijamente mucho tiempo, sin hablar. Por fin me aproximé.

—No... —musitó ella.

Hice caso omiso porque no había ninguna convicción en su palabra. Estábamos solos, juntos, cada uno consciente de lo que podía suceder, algo que ya parecía inevitable.

La tomé por los hombros y la atraje casi violentamente hacia mí, besándola profundamente en la boca. La estrujaba con mis manos, comprobando con creciente excitación que no llevaba nada debajo.

Ella siguió gimiendo:

—No..., no...

Pero yo la acariciaba febrilmente. Ya había conseguido desanudar su batín y ahora succionaba sus magníficos pechos, altivos y redondos.

Lanzó un prolongado gemido cuando yo descendí con mis labios por su piel de terciopelo e intentó huir de mí. Yo quise detenerla y me quedé con el batín en las manos. De todas formas, ella se quedó quieta, desnuda, pletórica, rabiosamente hermosa, con su melena roja cayéndole por debajo del rostro, velando tímidamente sus gemelas redondeces. Todo su cuerpo temblaba, vibraba.

—Es ya inevitable —dije roncamente.

Transcurrieron tres segundos y luego ella vino hacia mí.

* * *

Todo se trastornó a partir de entonces. Leyla era un volcán, yo me quedé con su lava y ya quedé cogido para siempre. Pensaba más en el próximo encuentro con ella que en cualquier otra cosa. Todo lo estaba descuidando el trabajo, mi novia, las amistades...

—Frank, ¿qué pasa?

La pregunta brotó al final de los labios de Edna. Comenzaba a

darse cuenta que algo no iba bien.

—¿A qué te refieres? —me hice el loco.

—Ultimamente estás muy extraño, diferente, como si...

—Dices tonterías —la corté abruptamente.

Ella quedó impresionada por la tajante réplica. Asintió diciendo:

—Sí, tal vez tengas razón. Chris me tiene muy preocupada. Estoy segura de que nuevamente trama algo.

—¿Por qué? —me interesé. Con eso desviaba la conversación del terreno peligroso.

—Desaparece de vez en cuando, llama por teléfono misteriosamente... Creo que ha vuelto con sus amigos de los barrios bajos.

—Humm.

Ella me llevó una mano a la frente.

—Me encuentro fatal.

—Vamos, querida —me mostré cariñoso—. No te lo tomes todo tan a pecho.

—Llevo unos días... El trabajo cada vez más abundante, pues ha enfermado Nancy y no hay sustituta... Luego Chris y su mala vida de holgazán... Y tú...

—¿Yo? Conmigo no pasa nada, Edna.

—Parece como si te alejaras.

—Figuraciones tuyas.

—A veces... a veces pienso que nuestras relaciones se enfrían.

—Edna, ¿cómo dices eso? —exclamé enfadado, ofendido. Yo era la personificación del perfecto cínico.

Para contentarla, la besé y le hice el amor. Luego, una vez todo finalizó, me dije que me había sabido a muy poco. Y el recuerdo de Leyla fue inevitable, el recuerdo y la comparación.

Ella, como una gata satisfecha, me llenó el cuerpo de besos, musitando:

—Frank, cariño, te quiero.... te quiero...

Yo me sentí muy mal.

* * *

Leyla era una mujer asombrosa, incansable, tanto amando como hablando. Cuando dejaba de moverse como una posesa, mientras se relajaba, se dedicaba a contarme sus aventuras amorosas anteriores, desde la vez que sedujo a un jovencito inexperto hasta las relaciones que tuvo con una famosa actriz de cine lesbiana gracias a lo cual consiguió un importante papel en una película, y

sus actuales contactos sexuales con Richard Fleming. Esto último era lo que más me repugnaba, haciéndome sentir cada vez más animadversión hacia Fleming.

De todas formas, yo andaba un tanto preocupado. Ella se dio cuenta y se interesó.

—¿Qué te ocurre, querido?

—Nada.

—Vamos, a mí no puedes engañarme.

—Déjalo.

—¿De qué se trata?

—Nada —me revolví e intenté recomenzar el juego amoroso. Ella no me lo permitió.

—Apuesto a que lo adivino. No soportas la tensión. Reconócelo.

—Es cierto —asentí, considerando que era tonto ocultarlo más tiempo—. Estamos jugando con fuego. Y además engañando a personas que confían en nosotros.

—¿Te refieres a Edna? Porque a mí no me sabe mal engañar a mi esposo. Es un viejo impotente y baboso. Ya te he contado que...

—Sí, sí —la interrumpí. No quería volver a escuchar aquellas escabrosidades, cómo el viejo Fleming intentaba lucir su virilidad. Me ponía rabioso—. Me refería a Edna, en efecto.

—Yo he sido franca contigo, Frank. No pienso abandonar al viejo por ti. Sería un cambio fatal. Dejé mi carrera de actriz por su dinero y no me separaré de él hasta que lo consiga.

—Ya.

—Tú puedes decirle a Edna lo que ocurre, que tú y yo nos amamos, pero entonces nuestra relación sería posiblemente de dominio público, llegaría a oídos de Dick y eso me perjudicaría. Por tanto, no me conviene. Además —soltó una risita— perdería una buena amiga. Espero que no lo hagas, Frank.

—¿Entonces?

—Espera.

Le di un manotazo a la sábana para desahogar mi enfado.

—Esperar, ¿qué?

—Muy sencillo, querido. Esperar a que el viejo muera.

—¡Ja!

—Cuando eso suceda, yo seré rica, estaré libre y podremos largarnos adonde queramos y gozar de la vida. Entonces Edna podrá saberlo, no me importará.

Yo seguí soltando la carcajada.

—¿Cuántos años tiene tu querido esposo?

—Cincuenta y nueve.

—¿Y sabes cuánto puede durar aún?

—Sí —forzó una sonrisa—. Cinco, diez, quince años... Mucho, sí.

—¿Te crees que yo voy a esperar todo ese tiempo?

—No queda otro remedio, cariño —dijo, poniéndose a jugar con el vello de mi pecho.

Resoplé.

—Hay que tener paciencia —agregó.

—¡Es horrible!

—Lo es, pero...

—¿Qué?

Ella giró el rostro para mirarme a los ojos y darme la respuesta con un hilo de voz:

—Puede morir antes...

Sus palabras me dejaron frío, tan frío que en el resto de la velada fui incapaz de penetrarla.

Puede morir antes...

La frase había hecho mella en mi. No podía dejar de pensar en ella, como tampoco podía vivir sin Leyla. Había llegado a comprender que el único obstáculo para que nuestra relación fuera normal era precisamente Richard Fleming. La pobre Edna, no. En cualquier momento podía deshacerme de ella confesándole la verdad, que estaba loco por Leyla y que lo nuestro había acabado. Para Edna sería un duro golpe, pero no tendría más remedio que aceptarlo. Y de paso me desprendería también del golfo de Chris.

Lo de Richard Fleming, en cambio, era muy distinto. El no iba aceptar por las buenas la unión entre Leyla y yo, y caso de que la aceptara, Leyla se quedaría sin su dinero soñado, cosa a la que no estaba dispuesta. Eso me molestaba, me daba cuenta que era mayor su ambición que su pasión.

Y sólo había una solución: la muerte. Que Leyla se quedara viuda.

Por ello, por lo que representaba Richard Fleming, un impedimento para consumir la total posesión y goce de Leyla, y por lo que le hacía a ella y que en muchas ocasiones, casi llorando, me relataba con pelos y señales, cada vez le odiaba más, pero no me consideraba capaz de dar el salto, de lanzarme a una situación que siempre había rechazado. Es decir, convertirme en un asesino.

Puede morir antes...

La frase tenía un significado mucho más hondo que el que se pueda desprender de un estudio superficial. Yo lo había captado de inmediato, por el tono de voz de Leyla, por el brillo de sus ojos.

Puede morir antes..., no significaba confiar en el destino, esperar que le diera un infarto de miocardio o que sufriera un accidente de coche. No. Nada de eso. Puede morir antes... era provocar su muerte.

¿Sería capaz? Eso era lo que más me atormentaba. Sabía que odiaba intensamente a Richard Fleming, el viejo sátiro borracho, como yo le había bautizado previamente, y tenía miedo de ese odio.

Porque ese odio podía llevarme a ser un asesino, máxime cuando el premio era una mujer como Leyla.

Llegó un momento que odié a Richard Fleming más, mucho más que a Chris.

Precisamente le tenía que estar agradecido al golfo de Chris. Era mi salvación en aquellos instantes. Yo sabía que apenas atendía a Edna, que mi alejamiento de ella era evidente e inevitable... y gracias a Chris, su hermana no llegaba a percatarse cómo eran realmente las cosas.

Edna sólo pensaba en su hermano, estaba como siempre preocupada por sus idas y venidas, por sus ausencias, por sus misteriosas llamadas telefónicas, por sus secretos planes, y a mí no me resultaba del todo difícil disimular. Y mi relación con Leyla proseguía, cada vez más intensamente. Ya no nos podíamos con tener, aprovechábamos todas las ocasiones, incluso las más arriesgadas y peligrosas. Tal vez porque fueran las más excitantes.

Por ejemplo, aquella noche que Edna y yo habíamos acudido a cenar a casa de los Fleming. Yo estaba realmente caliente. Leyla, a su vez, estaba extraordinariamente hermosa con su vestido de una sola pieza, hombros y espalda al descubierto. La velada no era ninguna gran cosa. Fleming contaba retazos de su vida de trepa y preparaba copas, como siempre. Edna mantenía una postura educada, escuchándole. Leyla y yo nos observábamos, nos relamíamos con la mirada, teniendo como fondo musical la verborrea imparable de su marido y algún que otro monosílabo de Edna.

Por fin Leyla se levantó para preparar los platos y yo la acompañé a la cocina, ofreciéndome antes que Edna para ayudarla. Fleming y Edna se quedaron solos, charlando sobre California, su tierra y su sol.

En la cocina, ya a punto de reventar, tomé a Leyla por su mata de cabellos rojos y le tiré la cabeza hacia atrás para besarla a mi gusto. Así un buen rato, hasta que nos faltó aire y nos separamos.

—No llevo nada debajo —me susurró con un brillo de lujuria en sus bonitos ojos verdes.

Tal como me encontraba, no hizo falta que me dijera más para que le subiera el vestido hasta las caderas.

Allí mismo, contra la pared, la poseí locamente mientras del comedor nos llegaban unas risas de Edna y Fleming. Nosotros nos mordimos para no gritar. Fue algo muy salvaje, inolvidable.

* * *

Leyla tenía el semblante más contraído que otras veces. La besé y acaricié con ternura, pero ella se mostró algo indiferente.

La encaré con el ceño fruncido, preguntando:

—¿Qué sucede?

—Esto no puede seguir así, Frank.

—¿Por qué?

—Tengo miedo.

—¿Miedo?

—Es el mismo miedo que cuando me contuve a tus primeras insinuaciones. Estamos jugando con fuego y podemos quemarnos, alguien nos puede ver, Dick nos puede pillar...

—Lo haremos bien, querida.

—Pero un descuido lo puede tener cualquiera. No me gusta vivir así.

Suspiré.

—¿Y bien?

Ella lo dijo muy lentamente:

—¿Pensaste en lo que te sugerí?

—No —fue mi mentira a medias.

—Debías hacerlo.

—Yo...

—Es nuestra única salvación.

—Pero yo no quiero convertirme en un...

—No tienes por qué serlo, cariño —me tapó la boca con una mano, impidiendo que dijera la palabra asesino que tanto me roía por dentro cada vez que pensaba en ello—. Hay accidentes. Un hombre mayor, ya se sabe...

—Seguiría siendo un...

—Sólo se es lo que la sociedad sabe —me volvió a cortar—. Si la sociedad no sabe que le hemos matado, al disfrazarlo de accidente, nunca seremos unos... asesinos.

—La conciencia... —empecé a objetar.

—Eso ya está superado. ¿O para ti no, querido?

—Me daba escalofríos oíría hablar de aquella forma tan fría. Quise dejarlo correr, ir a lo que más me interesaba. Comencé a desnudarla.

—Ya veo que no eres todo lo hombre que yo pensaba —me espetó de pronto.

Me quedé de piedra.

—Leyla... —murmuré, sorprendido por aquellas fuertes palabras.

Ella terminó de desnudarse y dio una vuelta alrededor de mí.

—¿No te gusto?

—Sí.

—¿No me quieres?

—Sí.

—Pues entonces...

—Es demasiado.

—Así seremos libres u obtendremos su dinero. Piensa que tú no eres rico.

—Pero...

—No seas sensiblero. Se lo merece. ¿Sabes lo que me hace ese cerdo? ¿Quieres que te cuente lo último?

—¡No!

Rió.

—A mí también me repugna. Y no quiero soportarlo cinco, ocho años..., ni siquiera una semana más.

—Leyla, hay que meditarlo serenamente.

—No por mucho tiempo.

—No...

* * *

Me encontraba desquiciado en aquellas fechas, fuera de mí. No hacía más que pensar en cuanto había hablado con Leyla, darle una y otra vuelta, y eso me tenía medio trastornado. Y para colmo de las cosas entre Edna y Chris habían llegado a una crisis total.

Chris, en un acceso de ira, había golpeado sin ningún miramiento a su hermana.

—¿Por qué?

La pregunta la hice una vez estuve ante ella.

—Quise..., quise saber qué se lleva entre manos... —me explicó balbuceando—. Me puse a escuchar lo que hablaba por teléfono, pero..., pero me vio y... y se puso hecho una fiera... Me pegó salvajemente... Mira...-.

Era cierto, lo observé enrabiado. Edna tenía un pómulo hinchado y los brazos llenos de moratones.

—Maldito canalla...

—Quédate conmigo esta noche —me pidió—. Temo que vuelva y...

—Vendrás a mi apartamento y yo trataré de dar con ese desgraciado —decidí impetuosamente. La sangre me hervía de ver así a Edna, de repente renacían en mí los viejos sentimientos y me decía que eso no podía quedar de esa forma.

Lo hicimos como yo quería, pero no hubo suerte. Recorrí los barrios bajos de la ciudad, todos sus antros preferidos y no encontré rastro de él. Incluso su amiga la prostituta me comentó que hacía tiempo que no le veía, que le parecía extraño, que tal vez hubiera encontrado una nueva amiguita... Pensé que me engañaba, pero lo dejé correr.

A la mañana siguiente cada uno fue al trabajo. A la salida la recogí y la llevé a casa. Allí nos encontramos con Chris, sentado ante el televisor, con cara de buen chico.

Mi primer impulso fue saltar sobre él y machacarlo, a pesar de saber que estaba en desventaja física. Me daba igual. Todavía recordaba cómo había encontrado a Edna.

Chris se puso a la defensiva.

—Espera, Frank.

Ya se había llevado un puñetazo al mentón e inexplicablemente sólo se limitó a encajarlo y levantar las manos.

—He venido para disculparme.

—Déjale que hable, Frank —intercedió su hermana, siempre dejándose ganar el corazón.

Chris forzó una sonrisa.

—No sé lo que me sucedió, Edna, hermana —dijo con voz atribulada—. De veras. Perdí los estribos al ver que me vigilabas. Sé que no está bien lo que hice, pero lo tuyo tampoco, reconócelo. Me dio mucho coraje sorprenderte con la oreja dispuesta a escuchar. En fin, no pretendo justificar mi reacción, debí hablar, discutir dialécticamente, no pegarte. Estaba excitado. Perdóname, Edna, hermana. Te prometo que no volverá a suceder.

—¡Ja! —solté la carcajada yo—. ¿Cuántas veces has dicho eso? Suena a canción rancia.

—Estoy hablando en serio.

—Debías tirarlo de casa —propuse. No me había creído una sola palabra de las que decía.

El rostro de Chris perdió la sonrisa.

—Dame un tiempo, Edna —rogó con voz llorosa—. Encontraré algo...

Finalmente Edna cedió, como siempre. Aburrido, me marché. Ninguno de los dos tenía remedio.

La paz no duró mucho tiempo, al menos para mí. Chris por el momento no era gran problema; siempre, después de una trastada, solía comportarse como los buenos chicos. Leyla, en cambio, con su insistencia sobre el maldito tema, sí. Y para postre, una tarde, inopinadamente, Richard Fleming se presentó en su casa y nos sorprendió in fraganti en la cama.

CAPITULO VII

La tarde había empezado mal. Yo había procurado terminar pronto aquel día, antes del almuerzo, pues había quedado con Leyla para vernos en un lugar discreto de las afueras. Pero por culpa de un pesado cliente —que encima de estar aguantándole el rollo apenas solicitó— llegué con un par de horas de retraso y ella ya no estaba allí.

Seguidamente la telefoneé, no se enfadó mucho, comprendió mis razones y me propuso que fuera a su casa, pues su marido había llamado comunicándole que aquella tarde se quedaría en el trabajo hasta la hora de la cena. Eso había sucedido en otras ocasiones, no tenía nada de extraño, y nunca había habido problemas.

Leyla me esperaba con la cantinela de los últimos días y sin apenas pasión.

—Hemos de resolver esto.

—Sí.

—No podemos seguir así.

—Sí.

Yo asentía e iba a lo mío. Sabía que en cuanto la desnudara y comenzara a acariciarla, ella perdería la noción y sería toda mía. A pesar de todo, llegamos a discutir. Pero luego se calmó, conforme fue entrando en calor y sus partes se humedecían.

Y de pronto apareció Richard Fleming.

Los dos dimos un bote tremendo en la cama en cuanto le vimos ante nosotros, casi como un fantasma. Prácticamente no había hecho ruido al entrar, o al menos nosotros nada habíamos escuchado, enfrascados con nuestro acto sexual.

—¡Richard! —exclamó ella.

El barbotó:

—¡Malditos cerdos!

Yo me limité a saltar de la cama para tomar mis ropas, desnudo, siempre he tenido un gran sentido del ridículo..., si no estoy en funciones.

Richard Fleming, rojo de ira, echando casi espuma por la boca, desde luego con los ojos inyectados en sangre, vino hacia mí dispuesto a golpearme, al tiempo que mascullaba una serie de obscenidades.

No me fue difícil, dadas sus condiciones físicas y su edad, detenerle. Como insistía, clavándome un codo en el estómago, revolviéndome, le propiné un puñetazo en el plexo solar y se despegó de mí trastabillando hacia atrás. Acabó dando con sus espaldas contra el armario.

—Seamos sensatos, Fleming —le dije, tomando el slip para

colocármelo—. Podemos hablar como personas, por favor.

—¡Sólo sé un lenguaje! —tronó rabioso, y de nuevo vino hacia mí.

—¡Basta! —gritó Leyla.

Su marido se detuvo, mirándola como si quisiera fulminarla ipso facto.

—¡Calla, perra! ¡Luego me encargaré de ti! ¡No eres más que una sucia ramera!

El insulto transformó a Leyla. Desde la cama, de rodillas, los ojos se le incendiaron y rugió apuntándole con un dedo índice muy firme:

—¡Tú eres el perro!

Fleming soltó un bramido.

—¡Tenía que haber hecho caso a los amigos que me aconsejaron que no me casara contigo, que no eras más que un sucio pingo!

—Sí, ¿eh? —estalló ella, torciendo el gesto. No la conocía—. ¡Tú no eres más que un viejo impotente! ¡Una auténtica mierda de hombre!

Fueron palabras demasiado fuertes. Richard Fleming se olvidó definitivamente de mí y corrió hacia ella como un poseso, jurando que la iba a destrozar. Leyla chilló al verle venir, protegiéndose con la almohada. Los dos rodaron por la cama en confuso montón, originando un número tragicómico. Ella volvió a gritar, ahora pidiendo auxilio, porque la estaba ahogando, y decidí intervenir sin haber llegado a colocarme el slip.

Tuve que estirar de una de sus piernas, porque estaba prácticamente pegado a ella como una lapa. Con gran esfuerzo logré por fin separarlo. Richard Fleming no estuvo conforme con mi intervención y gateó por el suelo a por una banqueta y con ella se revolvió furiosamente para estrellármela en la cabeza y dejarme fuera de combate.,

Realmente, la situación era de lo más grotesca. Leyla desnuda, chillando desde el otro lado de la cama. Y yo, también desnudo, intentando burlar los banquetazos del viejo Fleming, vestido con traje de chaqueta y el rostro totalmente descompuesto.

En uno de los golpes que daba al aire, llevado por su feroz impulso, Fleming cayó al suelo. Rápidamente actué, dándole una patada a la banqueta, que se le había escapado de las manos. El se puso en pie soltando insultos soeces. Miraba con ojos que despedían rayos.

—Ya está bien —dije—. Discutamos el asunto sin violencia. Si sigue así, usted puede salir perdiendo.

—¡Veremos!

Se lanzó nuevamente al ataque, con bríos renovados. En esta ocasión, ya harto de esquivar, puse en juego mis puños sin ninguna misericordia.

Al principio ofreció cierta resistencia, pero finalmente me impuse, por mayor potencia y agilidad. Le di en el rostro y en el estómago, en este último por dos veces consecutivas. Se quedó doblado, falto de respiración.

—Cer...dos... —dijo con gran dificultad, sin levantar la cabeza.

—¡Viejo! ¡Viejo! —le gritó ella, los cabellos revueltos, hecha una furia—. ¡Viejo impotente!

Richard Fleming rugió algo ininteligible y de pronto —no sé de dónde diablos sacó más energías— echó a correr en dirección contraria adonde, nos encontrábamos, justo hacia el armario.

A mí me cogió de total sorpresa. A Leyla, no. Ella actuó con gran rapidez, saliéndole al paso y haciéndole la zancadilla muy hábilmente.

Se echó a reír de una forma hiriente, viéndole tirado en el suelo, completamente vencido. Incluso se recreó propinándole una patada.

Yo la miraba y cada vez la conocía menos. Parecía disfrutar con aquella situación.

—¿Adónde ibas, cariño?

—Zorra.

—¿Qué querías?

—Hija de puta.

Ella no dejó de reír a pesar de los insultos, dichos por su esposo con un tremendo esfuerzo, retorcido en el suelo como un gusano.

Leyla caminó lentamente hacia el armario. Todo su cuerpo se estremecía enloquecedoramente con las risas que brotaban de su garganta. A pesar del dramático momento que uno vivía, excitaba.

La vi abrir el armario, rebuscar... y finalmente dio media vuelta con una pistola firmemente empuñada en la diestra

Palidecí.

—Leyla... —balbuceé. El brillo de sus ojos no me gustaba nada.

—¿Era esto, viejo impotente de mierda? —preguntó a la vez ella haciendo caso omiso de mi requerimiento.

—¡Leyla! —chilló él.

Y de pronto sonó un estampido, sin que tuviera tiempo de intervenir. Me encontraba clavado en el suelo. Vi el fogonazo y cerré los ojos. Cuando la pólvora impregnó mis fosas nasales, los abrí y ella seguía riendo como la más perversa de las diablesas mientras su esposo yacía a sus pies con un rosetón en el pecho.

CAPITULO VIII

Corrí hacia él desesperadamente. Me acuclillé y le observé con detenimiento, sintiendo que el corazón se me encogía. Luego alcé la mirada y me encontré con Leyla, todavía con la pistola en la mano.

—Está muerto —balbuceé, aterrorizado.

—Ya lo sé —dijo ella, secamente.

—¿Sabes lo que has hecho? —grité de pronto—. ¡Lo has matado! ¡Lo has matado!

Ella no replicó, permaneciendo impassible, tan tranquila, como si nada hubiera pasado.

Me levanté y la tomé por los hombros.

—Pero ¿es que no me escuchas? ¡Lo has matado! ¡Es un asesinato! Tan enfurecido me encontraba que la zarandé violentamente, incluso hice intención de abofetearla. Ella alzó la pistola, apuntándome.

—Leyla...

—Suéltame.

—Sí.

La dejé libre. Ella dio unos pasos por la estancia, arrojando la pistola sobre la cama. Luego me encaró con la faz pálida, descompuesta.

—¿Te crees que no me he dado cuenta de lo que he hecho? —rompió de pronto a llorar—, ¿Te crees que no sé que he cometido un asesinato?

Me conmovió.

—Leyla, yo...

—Escúchame tú ahora —sorbió sus propias lágrimas, tratando de serenarse—. Te dije que teníamos que deshacernos de él, que así seríamos libres y poseeríamos su dinero...

—Pero un accidente —repliqué—, esto...

—Ha sido un arrebato, una loca oportunidad. Estaba ansiosa por desembarazarme de él. No me acordaba de la pistola, pero al verle ir al armario, la recordé. No sé cómo explicarte lo que pasó por mi mente... Lo cierto es que la empuñé y apreté el gatillo. Sí —dijo haciendo rechinar los dientes—, apreté el gatillo, lo maté y no me arrepiento.

—¿Sabes lo que esto significa?

—Nuestra libertad y su dinero.

—No.

—Sí.

—¡Es nuestra perdición! —chillé como un loco—. ¿No te das

cuenta? ¡Despierta! ¡Esto no se puede encubrir! ¡Tiene una bala dentro! ¿Dónde está el accidente? ¿Se le disparó el arma? ¿Y justo en el corazón, preguntarán? Estamos perdidos, tú has cavado nuestra tumba.

—No, Frank.

—Sí.

Me agarró de un brazo, mirándome fijamente.

—Lo he hecho por nosotros, por ti y por mí. ¡Me he manchado las manos de sangre por nuestro amor! —estalló. Había fiereza en sus palabras y en sus ojos—. No te puedes volver atrás. No me vas a dejar en la estacada.

—¡Suéltame! —le di un fuerte empujón, caminando como fiera enjaulada por el dormitorio. No quería mirar el cadáver. Los ojos desorbitados de Fleming me ponían enfermo.

—Tienes miedo, Frank.

—¡Claro que tengo miedo!

—Eres un cobarde.

Me revolví furioso, cruzándole el rostro. Ella gritó. Yo me quedé mirando la mano que la había golpeado.

—No lo vuelvas a hacer —farfulló.

—Perdona —dije, agachando la cabeza—. Tengo los nervios rotos.

—Entonces serénate y tratemos de encontrar una salida a nuestro problema.

Me senté en un borde de la cama, de espaldas al muerto. Dije, abatido:

—Sólo se me ocurre echar a correr. Y tal vez ni eso podamos hacer, tal vez hayan escuchado el disparo y ya esté alertada la policía.

—No creo. Son cosas independientes, algo alejadas unas de otras. Todas las ventanas están cerradas. Por ese lado no hay que tener miedo.

—Bueno, es igual. El muerto sigue ahí.

—Exacto. Y todo consiste en desembarazarse de él.

—¿Cómo?

—Sacándolo de aquí.

—¿En qué piensas?

—No tengo aún una idea muy clara. Hay que meditarlo, estudiarlo.

—Eso sería inculparnos para siempre, y si se descubre...

—Hay que afrontarlo, Frank. ¿A ti se te ocurre algo mejor? Vamos, dílo.

—Si denunciarnos su muerte, podemos alegar que intentó matarnos, algo así...

Ella se echó a reír brevemente.

—¿Y nos iban a creer? No seas iluso. En cuanto supieran que somos amantes, estaríamos perdidos.

—Ya.

—Convéncete, Frank. Tenemos que quedar fuera del asunto, como si no supiéramos nada. Y desde luego no desvelar nuestra unión.

—Está bien —me resigné. Todo lo que decía me parecía lógico.

—Así que más vale que pienses.

A mí no se me ocurría nada. Y ver el cuerpo sin vida de Richard Fleming me sacaba de quicio.

Tomé mis ropas y salí del dormitorio. Me vestí en el salón, reflexionando sobre cuanto había sucedido. Parecía imposible, pero ahí estaba.

Al poco apareció ella, fumando un cigarrillo y envuelta en su batín de seda amarilla. Su serenidad era completa. Me dirigió una mirada crítica y comentó:

—Creo que he hecho bien.

—¿Qué?

—Nunca te hubieras atrevido a eliminarlo. Ahora lo veo claro. Estás temblando, Frank.

—Maldita sea —mascullé—. Parece como si tú te hubieras pasado la vida matando gente.

—Es la primera vez, querido, pero no lo lamento. No, señor. El viejo Dick no era más que un cerdo. He cumplido con un secreto deseo.

—¿Y yo qué pinto? —me sulfuré—. Tienes razón. Nunca le hubiera matado. Ya te lo dije, no soy un asesino. Y sigo no siéndolo —hice una pausa y luego agregué poniendo mucho énfasis—: Porque eres tú quien lo ha matado.

Los ojos de ella relampaguearon.

—En esto estamos los dos, cariño —dijo, arrastrando las palabras—. No te quieras salir. Lo he hecho por los dos. Y recuerda que si se descubre, tú te verás seriamente implicado también.

—No..., no quería decir que te fuera a abandonar... —balbuceé.

Ella apagó el cigarrillo en el cenicero de pie y se acercó a mí, echándome los brazos al cuello.

—Lo sé —dijo, aproximando sus pulposos labios, asomando la punta de su lengua entre ellos.

Era una tentación. Y la besé desesperado. Sabía que nunca la traicionaría, mientras estuviera viva, palpitante como en aquellos momentos. Traicionarla significaría perderla para siempre.

Luego ella me miró fijo a los ojos.

—No te desmorones, cariño —me dijo—. Voy a necesitar tu ayuda. No me falles.

—No...

—Si lo hacemos bien, seremos libres y ricos. Podremos largarnos a Hawaii, por ejemplo. Piensa en eso.

—Lo hago.

Me estampó otro beso.

—Ahora pensemos tranquilamente lo que vamos a hacer.

Tomamos asiento en el sofá y ella en seguida tomó la palabra.

—Como te dije, lo mejor será desembarazarnos del cadáver, sacarlo de aquí. He pensado que debemos dejarlo tirado en algún lugar del camino que toma desde la empresa hasta aquí, sin documentos ni dinero. Que piensen que le mataron para robarle.

—Sí —asentí. No me parecía mala la idea—. Pero él vendría en coche. Debe estar ahí fuera.

—Ya lo sé —sonrió ella—. Y también he pensado en ello, cariño. Digamos que la historia de lo que le sucedió puede ser a grandes rasgos ésta: de camino a casa tomó a una o dos personas que hacían auto-stop y de pronto éstas le atracaron, matándole y llevándose el coche...

—Pero nosotros...

—Déjame acabar. Luego sufrieron un pequeño accidente con el coche y lo tuvieron que abandonar. Nosotros nos encargaremos de que así parezca.

—Todo eso es muy arriesgado.

—Si lo sabemos hacer bien, no.

—¿Y la pistola?

—Es de él. La tiene desde hace años, no sé si registrada, en todo caso en Los Angeles. No creo que la policía de aquí se llegue a enterar de su existencia. Yo la guardaré.

—Hummm...

—Lo haremos a medianoche.

Corrieron unos segundos de silencio, mientras yo asimilaba todo aquello.

—¿Y luego? —pregunté preocupado.

—¿Cuándo?

—Después de dejarlo. ¿Qué pasará a partir de entonces? ¿Has pensado también en ello?

—Bueno, lo lógico es que yo llame a la policía alarmada por la ausencia de mi esposo. Supongo que empezarán a buscarlo...

—¿Y yo?

—Tú haces tu vida normal. A partir de ahora y en unos días, hasta que todo vuelva al ritmo de siempre, lo mejor será que no nos veamos, al menos solos, íntimamente.

—Sí, claro.

—Saldrá bien todo, ya verás.

Se abrazó a mí y los dos nos quedamos tumbados sobre el sofá.

El resto de la espera transcurrió de una forma lenta, agobiante, horrenda. Yo no podía dejar de pensar en fatalidades, alguien que se pudiera presentar inopinadamente, que el disparo realmente se hubiera escuchado... Cuando llegó la hora, ella fue a vestirse, un traje negro, con pañuelo a la cabeza. A mí me ofreció un gabán oscuro de su esposo y un sombrero para que me cubriera.

—Bien —exclamó ella—. Vamos por él.

Arrastremos al muerto hasta la puerta. Las tripas se me revolían sólo de mirarle. El rostro de Richard Fleming era una mueca atroz. Su cuerpo estaba bastante frío.

—No lo vamos a poder meter en el capó —observé—, Está muy rígido ya, va a resultar imposible acomodarlo.

Ella soltó una maldición.

—Lo colocaremos sobre el asiento posterior —decidió.

—De acuerdo.

—Espera. Voy a salir para ver si llegó a meter el coche en el garaje. Si es así, lo sacaré, tú metes el tuyo y entonces lo subimos.

—¿No sería mejor transportarlo en el suyo?

—No. Podrían quedar huellas de ello, los técnicos de la policía son muy listos, además de contar con medios muy sofisticados, ¿no lo has visto en las películas? Si se descubriera que el cadáver fue transportado en su propio coche, la historia se iría al diablo.

—Pero el mío...

—Tú luego te encargas de limpiarlo concienzudamente, ¿eh? Por si las moscas, aunque no creo que se les ocurra estudiar tu coche. No hay razón, salvo que sospecharan. En cambio, el de él lo analizarán milímetro a milímetro.

—Sí, claro.

—Además, si lo llevamos en el suyo, luego, al abandonarlo, tendríamos que volver a cambiarlo, colocándolo en el tuyo... Y sin contar con el golpe, el cadáver podría resentirse de ello y en la autopsia salir a relucir... No, es mejor como he dicho desde un principio.

—Está bien.

—Espera.

Salió de la casa llevando ya consigo las llaves del auto, las cuales había quitado del bolsillo a su difunto esposo. A pesar de que sólo estuvo fuera un minuto escaso, a mí me pareció un siglo.

—No hay problema —me informó—. Dejó el suyo en la calle. Anda, corre y entra el tuyo al garaje. Pro cura que nadie te vea. ¡Vamos!

Salí con el terror en el cuerpo. La noche era oscura y fría. No se veía un alma, lo cual me tranquilizó un tanto. Avancé presuroso hacia mi auto, lo puse en marcha, miré a todas lados y me colé en

el garaje. El sudor ya había empezado a empapar mis axilas.

Corrí hacia la puerta de la casa y rápidamente, entre los dos, lo arrastramos por el jardín hasta llegar al garaje. Richard Fleming era como un saco de patatas.

Ciertamente, no se le pudo colocar en el capó. Lo intentamos, pero sólo conseguimos ponernos histéricos. Jugar con el cadáver era ya el colmo, una macabra situación que nunca había llegado a imaginar.

Lo colocamos finalmente sobre el asiento posterior. Sería difícil que lo manchara de sangre porque la herida estaba ya reseca.

—Yo iré en el auto de él —dijo Leyla, jadeando—.

Ve detrás mío. Tomaré la carretera comarcal 121, la que lleva a la nacional 36 que va a Boulder. Haremos como que por ahí huía el asesino o asesinos.

Asentí.

—Y no cometas ninguna incorrección de tráfico.

La última advertencia me dejó helado. No había pensado en ello. Si alguna patrulla policial me detenía para cualquier comprobación...

Fui agarrotado todo el rato, los ojos muy abiertos y el corazón acelerado. Cada vez que miraba por el espejo retrovisor, le veía, inmóvil, a lo largo del asiento. Sentía ganas de vomitar.

No llegamos a la carretera nacional. La 121, a aquellas horas, era una cinta de asfalto estrecha y negra, sin apenas tráfico. Leyla me hizo indicaciones con el intermitente de la derecha y acto seguido se salió de la siguiente curva, a bastante velocidad. Vi cómo el coche daba unos horribles bandazos y por fin se estrellaba contra un árbol.

Me detuve en la cuneta, sudando a chorros, esperando. De pronto una de las portezuelas se abrió y apareció ella, algo vacilante.

Vino corriendo hacia mí, a trompicones. Afortunadamente, la carretera seguía vacía, sólo un loco pasó a casi cien millas por hora y no se dio cuenta de nada. Leyla subió junto a mí, con la respiración entrecortada.

La miré.

—¡Arranca! ¡Arranca!

Lo hice, tomando de nuevo la dirección de Denver, mientras ella se recuperaba.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí.

—Me alegro.

—Sólo fue un pequeño golpe. Había que hacerlo así, no sólo por mi integridad, sino también por la de los supuestos asesinos.

Al ser así, resulta de todo punto lógico que salieran ilesos y lograran huir, ¿entiendes?

—Por supuesto.

Soltó una risita de satisfacción, palmeando.

—Da un rodeo para tomar la carretera que lleva a la urbanización. Ya encontraremos el lugar ideal para dejarlo. No será difícil.

No lo fue, en efecto. Leyla divisó un camino vecinal y por allí me metí.

—Se supone que le hicieran desviarse, salir de la ruta principal para desvalijarlo y matarlo —siguió explicando, como si así hubiera sucedido. Todo parecía sencillo. Pero ¿la policía pensaría igual?—. ¡Vamos, Frank!

Salí de mi abstracción momentánea y me dispuse a ayudarla en la macabra tarea de sacar el cadáver. Poco después quedaba allí tendido, entre unos matorrales.

Nos alejamos rápidamente, sin cruzarnos con ningún auto. A Leyla la dejé cerca de su casa, no queríamos que en el último momento alguien pudiera vernos. Le devolví el gabán y el sombrero.

Me dio un profundo beso de despedida.

—Lo pasaremos mal estos primeros días, pero luego seremos muy felices.

Sonreí sin muchas ganas, diciendo:

—Seguro.

Emprendí rumbo a casa, no sin antes detenerme en un oscuro y solitario lugar para limpiar a conciencia el asiento posterior..., aunque aparentemente no había nada. De esa forma me tranquilicé un poco.

Pero no pude pegar ojo en toda la noche. Y ese fue el principio de la pesadilla.

CAPITULO IX

Debo reconocer que se comportó como una actriz genial, no en vano había sido esa su profesión. Realmente podía haber hecho carrera, de continuar.

Se presentó ante Edna y yo llorando a moco tendido y diciendo incoherencias, como si el suceso la hubiera trastornado por completo.

—Pero ¿qué pasa? —se alarmó Edna al ver tan descompuesta a su amiga.

Leyla se abrazó a ella, musitando cosas ininteligibles entre sollozos.

—¿Qué pasa? —insistió Edna.

—Richard... Dick muerto... —logró al fin articular—. Ha muerto...

—¿Qué? ¿Cómo?

Eso lo dijo también Edna. Y no supe reaccionar en ese momento, me quedé inmóvil en mi sitio como si la cosa no me afectara.

—Le han encontrado muerto... Asesinado... ¡Oh, es horrible, Edna!

—¿Cómo ha sido?

—Vengo..., vengo ahora de reconocerlo... Está en el Depósito... Un asesinato... Un asesinato.

Edna me dirigió una mirada en solicitud de ayuda, pues Leyla parecía inconsolable, completamente aferrada a ella, sin dejar de llorar.

Me moví para separarla.

—Vamos, siéntate, Leyla, cálmate —dije haciendo un tremendo esfuerzo para parecer natural—, y explícanos bien lo sucedido.

Por fin conseguí que tomara asiento. Se enjugó las lágrimas con un pañuelo azul y comenzó a decir:

—Anoche..., anoche no apareció por casa... Pensé que el trabajo era abundante... Luego, por la madrugada, ya alarmada, telefoneé a la compañía y nadie respondía... Entonces llamé a la policía y di cuenta... Hasta ahora, hace un poco... Me... me telefonearon para que fuera al Depósito... Habían encontrado a un hombre indocumentado que... que respondía a sus características... Y y era él. ¡Oh, Edna! ¡Qué desdichada soy! ¿Por qué me ha tenido que ocurrir esto?

Rompí nuevamente a llorar, hecha una auténtica Magdalena. Yo estaba profundamente admirado,

—¿Y cómo ha podido suceder? —se interesó Edna, junto a ella.

—Según los primeros datos... parece ser un asalto... el coche no ha aparecido aún... No tenía su cartera, tampoco nada de dinero...

No se sabe exactamente... Tenía un tiro en el corazón... estoy destrozada...

Tuve que soportar durante largo rato la historia, los sollozos. Cuando ya me cansaba, Chris, que se encontraba casualmente en el piso, salió de su habitación y gritó:

—¿Es que no os podéis callar? ¡No me dejáis escuchar música, maldita sea!

—¡Cállate, imbécil! —le espeté.

Vino hacia mí, envalentonado.

—Pero ¿qué ocurre?

Su hermana se lo explicó y entonces se ablandó. Le dijo a Leyla que lo sentía mucho, volviendo a su habitación sin protestar más. El numerito continuó. Finalmente me cansé y dije:

—Ven, Leyla, te llevaré a casa.

Ella respingó.

—Que venga Edna conmigo.

Comprendí en seguida mi error, asintiendo:

—Sí, claro.

—Y te quedarás conmigo esta noche, ¿eh, Edna? Será muy duro para mí.

Edna aceptó, por supuesto.

* * *

El día siguiente lo pasé fuera de la ciudad, visitando a mis clientes de Brighton, Longmont, Loveland... Eso me desintoxicó un poco del asunto. Pernocté en Greeley y lo primero que hice, nada más cenar, fue telefonear a Leyla.

—Sí.

—Soy yo. ¿Estás sola?

—Sí.

—¿Cómo va?

—Todo bien.

Suspiré, aliviado.

—¿Ninguna sospecha?

—No. Ya han localizado el coche y más o menos piensan lo que tramamos. Le atracaron para robarle el dinero y el auto, matándole. Luego abandonaron el auto cuando tuvieron el accidente. Estuve hablando esta mañana con el teniente encargado del caso, un tal Jack Hunter, y le fui dando la razón en cuanto me expuso. Se lo han creído.

—Menos mal:

—¿Estás ya más tranquilo?

—Sí. Te quiero.

—Yo también. Y estoy loca por estar en tus brazos.

Oír eso me excitó, me dio nuevos ánimos.

—Es lo que más deseo, cariño.

—Será pronto, Frank, querido. Esto marcha, y yo me muero por dentro. Dos días llevo ya sin ti y me parecen siglos.

—Igual me pasa a mí.

—Mañana al mediodía es el entierro, te lo recuerdo.

—No creo que pueda estar, aún me queda trabajo, Además, no me apetece ir.

—Bien, no es problema. Con que vaya Edna...

—Irás.

—Ya la estoy esperando. Prometió pasar esta noche también conmigo.

—Oh, te dejo. Y a hablaremos.

—Adiós, amor.

Colgué, satisfecho. Me encontraba mucho mejor. Incluso esboqué una sonrisa ante el espejo.

Con el amanecer, después de dormir por fin siete horas seguidas, enfilé rumbo hacia Fort Collins. Allí hice un par de visitas y luego emprendí regreso hacia Denver, parando en poblaciones que a la ida había pasado de largo. Así no llegué a la ciudad hasta la tarde.

Me daba tiempo recoger a Edna y fue lo que hice. Ella me dio un beso, explicándome a continuación cómo había sido el entierro.

—¿Ninguna otra novedad?

—Hemos de ir a la policía.

Aferré con fuerza el volante, envarándome.

—¿A la policía?

—Me llamó un tal teniente Hunter. Quiere hablar con nosotros dos.

—¿Por qué?

—Somos conocidos del muerto. Me dijeron que era pura formalidad.

No repliqué ya nada más y embagué. Poco después llegábamos al Precinto. Salvamos al sargento de guardia, subimos por unas viejas escaleras, sólo un piso, y entramos por una puerta sobre la que se leía en letras negras, muy grandes: DIVISION DE DETECTIVES.

El teniente Jack Hunter resultó ser un hombre robusto, cincuentón, de pelo entrecano, ojos grises y nariz chata como la de un boxeador. Me estrechó con fuerza la mano y nos invitó a tomar asiento.

—Encantado de conocerles. Hablé anteriormente con la señorita, por teléfono. Me dijo que usted estaba de viaje y preferí posponer la entrevista hasta que estuvieran juntos... ya que tengo entendido que son novios.

—En efecto —asentí, un poco incómodo—. ¿Ocurre algo, teniente?

—Oh, no, no.

—Perdone si estoy algo nervioso —traté de justificar mi compostura—, pero nunca me había encontrado en una situación semejante.

—No nos comemos a nadie —sonrió el teniente—. ¿Y usted, señorita?

—¿Cómo? —se sorprendió Edna.

—¿Ha vivido en alguna ocasión una situación parecida?

—Desde luego que no. Es la primera y espero que sea la última. ¿Por qué lo pregunta?

—Como la veo más serena —comentó, pero mirando hacia mí. cosa que me hizo remover inquieto en el asiento.

—Pero me gustaría saber a qué viene todo esto —siguió diciendo Edna.

—Bueno, ya le dije que era un trámite rutinario. Queremos hablar con todos los conocidos del difunto señor Fleming. Hemos ya cambiado impresiones con sus compañeros de trabajo, también con la mayoría de sus amistades..., que en realidad son muy pocas.

—¿Y cómo ha sabido de nosotros? —me interesé de pronto, en cuanto fui asaltado por esa pregunta.

—Sencillo, señor Lipton. Por la viuda.

Maldita Leyla. ¿Por qué no me lo había advertido?

—Bueno, no quiero entretenerles demasiado y luego digan por ahí que los policías somos unos pesados —sonrió—. Sólo son un par de preguntas. ¿Cuánta era su amistad con el difunto, cómo se conocieron?

Edna y yo nos miramos, le hice una seña para que respondiera ella.

—Realmente apenas le conocíamos —explicó—. Yo soy amiga de Leyla, la viuda. Ella es natural de aquí, de Denver, nos conocemos desde niñas. Ella se fue a Los Angeles para...

—Esa historia ya la sabemos, señorita Morgan.

—Bien. Pues volvió casada hace unas semanas y fue cuando trabamos conocimiento con el señor Fleming. Por ejemplo, Frank ni siquiera conocía a mi amiga.

—¿Es cierto? —preguntó el teniente mirándome.

—Así es.

—Y por el tiempo transcurrido —siguió contando Edna—, yo diría que el conocimiento que llegamos a tener del señor Fleming fue bastante superficial, ¿no lo crees así, Frank?

—En efecto. A mí me parecía un hombre bastante conversador y amigo de la bebida, con un comportamiento de lo más amable.

—Estoy de acuerdo —convino Edna.

El teniente dio una cabezada de asentimiento. Luego tomó la cajetilla de cigarrillos que había sobre la mesa y nos ofreció. Ninguno de los dos aceptó y él, tranquilamente, encendió un pitillo.

—¿El señor Fleming no les comentó en algún momento que estuviera preocupado por algo..., que temiera algo de alguien? —preguntó de repente.

Yo fruncí el ceño, alarmado.

—¿A qué viene eso? —saltó Edna, cosa que me alivió—. Según tengo entendido se trata de un atraco ocasional, igual podía haber sido otra la víctima.

—Sí, señorita. Esa es la primitiva teoría.

—¿Hay cambios? —me atreví a preguntar.

—No del todo, pero hay que atar todos los cabos. Y ciertamente en este asunto hay algunas cosas chocantes. Por ejemplo, no se han encontrado huellas de violencia en el lugar del supuesto crimen... ni tampoco en el auto. Eso es extraño. ¿Dónde murió realmente?

Si me hubieran dicho que me levantara, no habría podido. Me quedé tieso.

—Por tanto —prosiguió el teniente—, no hay que descartas otras posibilidades. Por cierto, aún no han respondido a mi pregunta. ¿El señor Fleming no les...?

—La contestación es no —le interrumpió Edna, rotunda.

—¿Y usted? —me volvió a mirar.

—También no —respondí haciendo un esfuerzo—, como le decía Edna, apenas llegamos a conectar con el señor Fleming. No había una gran amistad como para que se nos confesara... caso de que hubiera algo raro.

—Perfecto —sacudió la ceniza sobre el suelo—. Eso es todo. Gracias.

Nos acompañó amablemente hasta la puerta, donde nos despedimos con un apretón de manos. La mía estaba algo húmeda por el nerviosismo.

Llevé a Edna hasta su casa. Estaba el pesado de Chris, así que me sirvió de excusa para largarme pronto. Quería llegar a mi apartamento para telefonear a Leyla y decirle que por su culpa ya estaba mi nombre en manos de la policía.

—No te excites —me replicó cortante, porque yo había empezado a hablar atronadoramente.

—Maldita sea.

—Todo saldrá bien si no perdemos los nervios.

—¿Por qué les diste mi nombre?

—Porque me pidieron el nombre de amistades nuestras. No podía mentir.

—Pero...

—No había otra solución, Frank, cariño. Podían saber de vosotros por otro conducto y entonces me hubiera visto en un serio aprieto. Anda, tranquilízate. No te preocupes.

—¿Cómo que no me preocupe? Las cosas no son tan sencillas como las pintaste.

—¿Por qué?

Le conté la otra teoría del teniente.

—Bah, es un tiro de albur —quitó importancia.

—No lo creo. Esa gente conoce su trabajo.

—Frank —habló duramente—, no me saques de quicio.

—Tengo miedo —reconocí sin rubor.

—Pues trágate.

—Teníamos que haber ido a la policía.

—¡Calla, no digas idioteces! ¡Estás desvariando! ¡Has perdido tu control! ¡Serénate!

—No puedo —musité.

—Me parece que tendremos que vernos.

—¿No es pronto?

—Te hará bien —dijo ella con una voz que me prometía los placeres de los días dichosos.

—¿Cuándo?

—Ya te llamaré. Y procura no estar aquí, salir fuera a trabajar, así te distraes... ¡Aleja tu miedo y tu pesimismo o será nuestra perdición!

—Sí,. Leyla.

Después de colgar, traté de conciliar el sueño. Como no lo conseguía, en un arrebató, preparé de nuevo mi maleta y me lancé a la carretera, a hacer millas y más millas, esta vez tomando la ruta del sur.

Pasé varios días fuera de Denver, visitando clientes, incluso llegué a Colorado Springs. El viernes no tuve más remedio que volver. El siguiente día era sábado. Y el otro domingo. No había justificación.

A mi regreso encontré a Edna más preocupada por su hermano Chris que por el caso de Fleming. Aunque no la había vuelto a molestar, se comportaba de una forma sospechosa, ella pensaba

que tramaba algo y la tenía muy entretenida averiguar qué era.

Eso me beneficiaba, incluso la animé a proseguir sus investigaciones, cosa que hasta entonces nunca había hecho. Telefoneé a Leyla. Todo iba bien, según ella. Ya me llamaría para vernos. Tal vez el domingo.

Me encerré en casa, pero me ahogaba y no hacía más que pensar en el maldito asunto. Llamé a Edna para salir, pero se justificó con lo de su hermano. Mandé a todo el mundo al cuerno y salí a la calle a pasear.

No satisfecho con eso, acabé dentro de un cine donde proyectaban una comedia erótica. No me hizo ninguna gracia, no conseguí evadirme.

Sobre todo pensaba en el teniente Hunter. Me había causado buena impresión, lo cual era peligroso para nuestro pellejo, para el de Leyla y el mío. Me fastidiaba, me desquiciaba no saber qué hacía el polizonte, si había encontrado nuevas pistas...

El domingo por la tarde me llamó Leyla. Me propuso que fuera al anochecer.

Acudí raudamente, escondido entre las primeras sombras de la noche. Cuando nos encontramos, nos besamos e hicimos el amor como locos, como si un instante después fuera a venir el fin del mundo.

Acabamos rendidos, pero yo al menos realmente satisfecho. Mis temores habían desaparecido. Me sentía seguro a su lado. Ella me daba fuerzas.

Compartíamos un cigarrillo tumbados en la cama, descansando, cuando sonó el timbre de la puerta.

Nos miramos, perplejos.

—¿Esperas a alguien?

—No.

Él timbre volvió a sonar.

—Iré a ver.

Leyla saltó de la cama, cubriéndose con su batín de seda amarilla. Yo, picado por la curiosidad, me acerqué a la puerta y la entreabrí.

Escuché una voces algo lejanas. Era Leyla y un hombre, pero apenas se entendían lo que hablaban. La voz del hombre me parecía familiar, haberla escuchado últimamente. ¿Dónde? ¿Dónde?

De pronto me quedé rígido. ¡Ya lo sabía! ¡Era la voz del teniente Jack Hunter!

CAPITULO X

Las piernas me estuvieron flaqueando hasta que Leyla regresó junto a mí, tras escuchar el portazo. No saber lo que hablaban me había ido poniendo cada vez peor.

La cogí por los hombros y pregunté ansiosamente:

—¿Qué quería?

—Bah, hacerme unas preguntas rutinarias sobre nuestras amistades, cómo nos llevábamos y todo eso.

—¿Y yo he salido en la conversación?

—Claro. Tú y Edna.

—Maldita sea. ¿Qué se propondrá ese policía?

—Anda despistado, eso es todo. Incluso me ha llegado a preguntar si teníamos otro coche. No sé por qué. ¡Están dando palos de ciego!

—No me fío.

—Vamos, relájate, cariño. Todo va bien.

—Si están vigilando la casa...

—¿Por qué van a hacerlo? No sospechan nada. No me pongas nerviosa, haz el favor.

Me echó los brazos al cuello y ahí terminó todo. Volvimos a la cama, y no me fui de allí hasta el amanecer, en que salí como una especie de fugitivo.

Cuando llegué a mi apartamento, ni siquiera me acosté a dormir un poco. Sabía que no lo lograría. Al alejarme de ella, los nervios volvían a mí. Así que de nuevo tomé mi maletín y me largué de la ciudad.

Era lo mejor... Hacer millas, visitar clientes, dedicarme en cuerpo y alma a mi trabajo. En esta ocasión estuve por los condados de Morgan, Logan y Sedgwick, en poblaciones como Fort Morgan, Sterling y Julesburg, esta última casi en la misma línea fronteriza con el vecino estado de Nebraska. Tardé un par de días en realizar esta ruta y me hizo bien

Cuando regresé a Denver, mi primera visita fue para Edna. No me olvidaba del todo de ella y ahora más que nunca no quería que sospechara lo más mínimo de mi alejamiento y de mi unión a Leyla porque podía significar la perdición.

Ella continuaba con sus problemas habituales, que perfectamente se podían calificar también de cotidianos: el abundante trabajo en la empresa y averiguar las andanzas de su hermano, que había comenzado a moverse y faltar de casa. La encontré más dura, más decidida que otras veces.

—Como haga una trastada, estoy dispuesta a tirarlo de casa. Ya

me está hartando.

—Eso debías haber hecho ya —dije—. Tiene veintidós años, se las puede arreglar solo perfectamente.

—Por cierto, el teniente preguntó por ti.

El cambio de tema en la conversación me produjo un respingo.

—¿Qué? ¿El teniente Hunter?

—Sí. Le dije que estabas fuera, de trabajo.

—¿No sabes lo que quería?

—No me lo dijo.

—Bueno.

—¿Ocurre algo, Frank?

—No, nada.

Preocupado, llegué a mi apartamento. Y en seguida telefoneé a Leyla. No estaba en casa.

Maldiciendo por lo bajo, me preparé una bebida fuerte. El alcohol me quemó la garganta y el estómago. Como no estaba habituado a beber, pronto me hizo efecto. Y comencé a sentirme mucho mejor.

Entonces sonó el timbre de la puerta. Pensando quién podía ser a aquellas horas —tal vez el casero, le debía el alquiler de aquel mes—, fui a abrir.

Me encontré con la faz sonriente del teniente Hunter.

* * *

No esperaba que viniera a verme, menos sin avisar previamente y a aquellas horas de la noche. Imaginaba que me requeriría por teléfono.

—Señor Lipton...

—Buenas noches, teniente.

Le invité a pasar, claro está. No tomó asiento, dijo que iba a estar muy poco, que sólo eran unas preguntas rutinarias. Siempre decía lo mismo y eso me ponía más nervioso. Pensaba que había algo más detrás.

—Usted dirá...

—Ha estado fuera, ¿eh?

—Sí, el trabajo.

—¿El domingo también?

—¿Cómo? —para disimular mi nerviosismo eché mano de un cigarrillo.

—Estuve aquí el domingo, sobre esta hora más o menos —me

hizo un gesto con la mano, rechazando mi ofrecimiento de tabaco —. Quería hablar con usted, pero no estaba.

—Estuve por ahí —dije ambiguamente, exhalando la primera bocanada de humo.

—Pero no con su novia.

Recordé que él había hablado con Edna, preguntándole por mí.

—No, con ella no.

—Ah.

—¿Qué pasa?

—Sólo quería hacerle una pregunta. Es importante.

—Dígame.

Me había logrado alterar. El domingo por la noche había estado con Leyla y casualmente también se había presentado él allí.

—Me gustaría que recordara la tarde del día que murió Richard Fleming, que se sitúe en esa fecha.

—¿Por qué? —casi estrujaba el pitillo.

—Hágalo.

—Bien. Ya lo hago.

—¿Recuerda bien lo que hizo esa tarde?

—Más... más o menos, sí...

—Perfecto —seguía sonriendo. Parecía un viejo buitre—. ¿Llamó por teléfono esa tarde al despacho de Fleming?

—¿Yo? —pregunté sorprendido.

—Sí, usted.

—No.

—¿Seguro?

—Rotundamente no. ¿Por qué?

El teniente dio un par de pasos por delante de mí, hasta situarse junto a la Ventana que daba a la calle.

—La chica que estaba esa tarde en la centralita de la compañía de seguros Phoenix, desgraciadamente, se tomó unas cortas vacaciones que le debía Ja empresa justo a partir de ese día y no hemos podido hablar con ella hasta este domingo pasado, en que volvió. Ella recuerda que antes de que el señor Fleming saliera como una bala, recibió una llamada telefónica de un hombre que no quiso identificarse, es decir, dar su nombre cuando habitualmente se pregunta «¿de parte de quién?»...

—Bueno, ¿y qué?

—Hemos pensado que ese hombre pudo citar a Fleming.

Le di una nueva chupada al cigarrillo, haciendo un supremo esfuerzo para que no se notara el temblor de mi mano.

—¿Acaso..., acaso fue un... un asesinato premeditado, teniente?

—Es una posibilidad —ensanchó su sonrisa—. Ya le expliqué que en el caso hay algunas cosas ilógicas. Y esa misteriosa

llamada telefónica abre una puerta a otra hipótesis.

—Tal vez fuera un cliente.

—Eso ya lo hemos comprobado, fue lo primero que hicimos, señor Lipton.

—O un amigo.

—También lo hemos comprobado. Por eso estoy aquí. Sólo faltaba usted. Y al parecer, nadie fue.

—Tendrá miedo.

—Puede ser. Pero si no tiene nada que ver con el asesinato, ¿por qué mentir?

—Es cierto —tuve que reconocer. El cigarrillo se consumía, tanto como mi serenidad. Deseaba que se largara, que me dejara en paz.

—Y aún hay más.

—¿Qué? —fue casi un grito, un «diga ya lo que sea y márchese».

El teniente, por contra, no perdía su apostura tranquila, sonriente.

—Casualmente se nos ocurrió comprobar los neumáticos del coche...

—¿Cómo? —pregunté, y creo que toda la sangre huyó de mi rostro.

—Verá... —el teniente dio otro par de pasos, ahora hacia mí—. Dábamos por hecho que el coche que estuvo en el camino vecinal donde encontramos el cadáver de Fleming era el del difunto. Pero mi ayudante Fast tuvo la idea de recoger las marcas que habían dejado allí los neumáticos y compararlas con las del coche de Fleming...

La habitación comenzó a darme vueltas, sentí unas arcadas tremendas.

—Y no coincidieron las unas con las otras —prosiguió el teniente Hunter—. Resulta que allí hubo otro coche y nunca estuvo el de Fleming, pues rastreamos la zona y no hallamos más marcas. Extraordinario, ¿verdad?

No dije nada, era incapaz de articular palabra. Sólo reaccioné cuando el cigarrillo prácticamente consumido me quemó los dedos.

—Sí... —conseguí acercarme a un cenicero y apagar la colilla—. Es inaudito.

—Eso junto con las primeras impresiones, que ya le comenté cuando estuvo en el Precinto y la llamada misteriosa, nos hacen sospechar que puede haber algo más que un simple atraco tras este asunto... Bueno, me marchó. No le molesto más. Ha sido muy amable atendiéndome.

—Un placer, teniente —dije con gran dificultad. Y seguidamente le acompañé hasta la puerta.

Cuando la cerré, me apoyé en ella durante un rato, tratando de encontrar fuerzas. La conversación con el teniente había sido como un mazazo. Finalmente acabé ante el mueble bar preparándome un abundante trago de whisky.

Bebí hasta sentirme mejor, al menos aparentemente mejor. Luego telefoneé a Leyla. ¡Estaba en casa!

Apresuradamente le conté lo que había sucedido.

—Estamos perdidos, estamos perdidos —casi lloré—. Por eso fue a tu casa y se interesó por un posible coche tuyo, están buscándolo... Estrecharán el cerco y...

—¡Cállate, estúpido!

—Es la verdad, Leyla. Nunca debí hacerte caso, ¿por qué me dejé arrastrar?

—No saben nada, convéncete. Sólo si te pones nervioso y te comportas sospechosamente, les harás el juego. Haz el favor de venir. Hablaremos sobre todo ello, analizaremos los pros y los contras. Eso de la llamada a Dick también me intriga...

—Sí. Ahora voy.

Colgué y me puse la chaqueta, dispuesto a salir. Entonces sonó el teléfono.

Me quedé mirándolo, indeciso. Finalmente me decidí a descolgarlo. Podía ser Leyla, tal vez hubiera algún problema.

Era Edna. Por su voz me di cuenta que estaba muy excitada:

—¡Frank! ¡Frank!

—¿Qué ocurre?

—Necesito tu ayuda. Ven corriendo.

—Pero ¿qué ocurre? —insistí. No quería comprometerme ya que había quedado con Leyla.

—Se trata de Chris...

¡Cómo no! Alguna otra trastada. Pero ahora me daba igual. Me interesaba ante todo mi pellejo, cómo salir de lo que presentía se avecinaba.

—Lo siento, querida, pero en estos momentos me iba a meter en la cama. Me encuentro muy mal, con un horrible dolor de cabeza. No estoy para esas cosas. Mañana hablaremos...

—Frank, es importante...

—Mañana, cariño. Buenas noches.

Suspiré aliviado al colgar. A Edna no le debía haber hecho mucha gracia que la cortara, pero ya me encargaría de arreglarlo al día siguiente.

Salí a la calle procurando que nadie me viera. Tomé el coche y arranqué como un cohete.

Al llegar a casa de Leyla también tomé mis precauciones. Temía al teniente Hunter.

Ella me esperaba envuelta en su batín de seda amarilla. Estaba radiante, hermosa, como siempre.

Pero en esta ocasión también estaba fría, distante. Lo noté al momento, nada más la estreche entre mis brazos para besarla con frenesí. Era para mí como una droga, una estupenda droga que me aliviaba.

—Cariño... —susurré, mientras recorría su cuello con mis labios.

Ella consiguió separarse de mí. La mirada de sus ojos no me gustó nada.

—¿Qué sucede? —pregunté.

Entonces se abrió la puerta que daba al dormitorio y apareció Chris con una pistola en la mano.

—Hola, pichón —me saludó con su maldita sonrisa de golfo fanfarrón.

CAPITULO XI

No salía de mí asombro, miraba a uno y a otro y no me lo creía.

—Leyla, tú...

Ella sonreía.

—Te presento a mi hombre —lo dijo de una forma hiriente, para agregar luego con cierto matiz burlón—: Creo que os conocéis, ¿verdad?

—Y tenemos alguna que otra cuenta pendiente —agregó Chris, el hermano de Edna. Su tono de voz amenazaba malas cosas para mí.

—Leyla, no es posible que...

—Pues es así, Frank. Todo ha sido una farsa. Un plan para acabar con mi esposo y... y ofrecer un culpable. Como ya supondrás, tú serás el culpable.

—Pero ¿por qué me has hecho esto? Tú y yo...

—Tú te lo buscaste. Por idiota —me espetó—. En seguida noté que te gustaba, mucho antes de que me besaras, se leía en tus ojos fácilmente. A mí no me interesabas lo más mínimo. Yo no fingía. Lo único que me interesaba era vivir bien, tener dinero, encontrar un auténtico hombre... Y entonces apareció Chris.

El joven soltó una risita que me produjo náuseas.

—Chris y yo habíamos sido buenos amigos antaño. Intimos amigos. Yo fui quien lo experimentó. Se puede decir que lo violé, vamos. Tenía catorce años y ya estaba hecho un toro. Fue delicioso. ¿No te acuerdas que te lo conté en una ocasión, pero sin darte el nombre?

No contesté.

—Ahora el reencuentro fue maravilloso —prosiguió—. Chris está hecho un hombre, un auténtico hombre. además muy experimentado, capaz de satisfacer a una mujer como yo. Por él haría locuras, por ejemplo, matar a mi esposo. Lo hablamos. Los dos queríamos tener dinero, vivir juntos, el único obstáculo era el viejo verde. Sólo faltaba cómo salir con bien del asunto. Pensamos en algún accidente, luego en ti. Los dos pensamos en ti a la vez, yo por tu insistencia, Chris porque te odia. No fue complicado tramar el plan. Al fin y al cabo era relativamente fácil. Todo consistía en hacerte nacer una gran pasión por mí, tanta que te llevara al asesinato. Incluso aderezándolo con sucias historias sobre lo que me hacía mi esposo, para que le odiaras...

Me encontraba ridículo, engañado, abatido, incapaz de reaccionar.

—Lo malo es que tú ni siquiera das la talla de asesino. No eres

más que un tipo vulgar, querido Frank, lleno de complejos y de temores, para el que yo he sido algo así como el lejano ideal soñado. Pero tu pareja apropiada es Edna, no te mereces otra cosa. Y debido a todo eso tuvimos que cambiar el plan original sobre la marcha. Nos dimos cuenta que tú no acabarías matando a Dick. Así que yo tomaría la iniciativa... y tú seguirías siendo el culpable.

—¿Cómo..., cómo lo hicisteis...? —pregunté con un hilo de voz.

—Te lo puedes imaginar. Te cité en casa aquella tarde sabiendo que mi esposo no vendría por asuntos de trabajo. Entonces Chris le telefoneó anónimamente, comunicándole que yo le engañaba con un hombre, nada más. La reacción de Dick era presumible: vendría en seguida aquí a comprobarlo. Y así sucedió. Se presentó como un loco, sorprendiéndonos. Mi papel era fácil. Ten en cuenta que he sido actriz —rió, y su risa ya no me produjo excitación, sino escalofríos—. Tenía que evitar que nombrara la llamada delatora delante de ti y conseguir exasperarlo para provocar una discusión violenta que me diera la oportunidad de matarlo con una cierta justificación: la ofuscación del momento. Luego, ante lo irremediable y por la pasión que sentías por mí, tenía que lograr que te embarcaras en el mismo barco que yo, haciéndote creer que todo lo hacía para salvarnos. Pero la realidad no era así, sólo quería que no denunciaras el caso y que poco a poco te fueras viendo envuelto en él... hasta el final de ahora.

—Eres una zorra —le espeté con rabia—. Tu marido tenía razón.

—Seguro, cariño. Pero lo has descubierto un poco tarde. Seguiste mi juego perfectamente. Había que desembarazarse del muerto de una forma sospechosa para la policía, para que investigara no conformándose con la posibilidad del ocasional atraco, sobre todo a partir del descubrimiento de la misteriosa llamada telefónica a Dick en su despacho. Pero ocurrió que la chica de la centralita se tomó casualmente unas vacaciones y todo se retrasó. Yo tenía que estar al tanto de las investigaciones policiales y de tus pasos para que la cosa no se estropeará. Tú, dado tu carácter, podías fastidiar el asunto en un momento dado. Yo te nombré a la policía, junto con Edna, para que tuvieran noticias tuyas, te fueran conociendo. Luego hubo que esperar a que se descubriera la llamada y entretanto te hube de calmar. El teniente me comunicó el domingo lo que tanto esperábamos. Y también lo del coche. El caso daba el giro deseado. Sólo quedaba que tú te vieras más acosado, para justificar tu final. Por eso le sugerí al teniente que visitara a los amigos de Dick, entre ellos tú,

por si acaso había sido uno de ellos el autor de la llamada. Luego te telefoneé para sacarte de casa y que no te encontrara. Más tarde vendría a mi casa para darme cuenta, como habíamos quedado, y yo saldría en batín y con cara de estar acostada. Todo eso no significaría nada aparentemente, pero luego, cuando se descubra la verdad, serán piezas que encajarán perfectamente para comprender la historia. La policía sabrá entonces que tú y yo éramos amantes, los hechos coincidirán, además yo lo confirmaré de palabra...

—No entiendo cuál es ese final...

—Ahora lo sabrás. Estaba previsto para el lunes, pero tú te largaste por ahí. En cuanto me llamaste hace un rato comunicándome la visita del teniente y sus pistas, viendo lo asustado que estabas, comprendí que era el momento, esperar más podía estropearlo todo. Por eso te dije que vinieras y llamé a Chris para que también lo hiciera. Y ahora se va a cumplir el último acto —sonrió y agregó con mucha teatralidad—: Te vas a suicidar, Frank.

Miré hacia el arma que me apuntaba.

—¿Con la pistola de tu marido?

—No, querido. Es la tuya. La robó Chris en los barrios bajos. La de mi esposo sigue en su sitio. Yo coloqué ésta a su lado para recurrir a ella en el momento justo.

—Te verás implicada.

—Ya cuento con eso —no perdió su sonrisa, muy segura de sí misma—. Reconoceré nuestras relaciones, porque es vital para endosarte el asesinato. Yo te quería porque eras un hombre joven, distinto a mi esposo, pero era un amor normal. En cambio, tú estabas loco por mí. Yo no sabré nada del asesinato, pero manifestaré que tú en alguna ocasión me insinuaste algo así, a lo que yo me opuse, claro está. Tú, en tu locura, lo hiciste por tu cuenta y riesgo. Telefoneaste a Dick, le citaste en algún lugar, lo mataste y luego en tu coche lo transportaste hasta el sitio aquel, el camino vecinal. Para la aparición del auto de Dick en la carretera a Boulder puede haber dos explicaciones: bien que tú lo llevaste allí, haciendo un trabajo extra, bien alguien se lo llevó desde el lugar donde lo asaltaste y mataste y se estrelló con él, abandonándolo. Eso, tras tu lamentable suicidio, quedará en el secreto.

—Lo tienes todo muy estudiado.

—Sí, Frank. Tú, acosado por la policía, lleno de miedo, no has podido soportar la tensión y te has pegado un tiro. Así de simple. Te maldeciré por asesino.

Sonreí sin ganas. Tenía la partida completamente perdida.

Había picado el anzuelo tendido como un perfecto idiota. Ahora no tenía escape.

—Anda, Chris, acabemos de una vez.

—Será un placer, querida Leyla.

Los ojos del joven brillaron homicidamente. Levantó la mano armada... ¡y justo entonces sonaron las sirenas policiales!

CAPITULO XII

Las sirenas policiales causaron estupor en los dos. Leyla se lanzó hacia una de las ventanas y corrió los visillos, observando el exterior.

—¡Vienen aquí! —gritó—. ¡Es el teniente... y Edna! ¿Cómo es posible?

Chris vaciló al oír nombrar a su hermana y yo me abalancé sobre él. Era una pelea desigual, siempre Chris había sido más fuerte que yo, pero estaba desesperado, rabioso por la cruel burla de la que había sido objeto, y por otro lado no quería que se salieran con la suya, ni matándome ni haciendo frente a la policía.

—¡Maldito! —barbotó Chris—. ¡Tú los has traído! ¡El lo sabía!

—¡No puede ser! —exclamó ella, sin despegarse de la ventana.

Yo sólo me preocupaba de la mano armada de Chris, la cual había conseguido atenzar. Pero desgraciadamente no iba a poder aguantar mucho, la fuerza de Chris se imponía a pesar mío. Sonó el timbre de la puerta, se escuchó la voz conminatoria del teniente Jack Hunter, incluso llegaron hasta nuestros oídos los ruegos de Edna para que no ofrecieran resistencia. Y por encima de todos estalló el estampido.

Chris, gracias a su superioridad física, había conseguido colocar el negro agujero del cañón de la pistola apuntándome. Y había apretado el gatillo, con un grito de júbilo, seguro de la victoria.

Pero en el último instante, milagrosamente, conseguí desviarle el brazo.

Escuchamos un sordo gemido y los dos quedamos paralizados un instante, mirando a una a mi izquierda. Allí vimos horrorizados, casi incrédulos, cómo Leyla se llevaba las manos al pecho, desorbitando los ojos y se iba encogiéndose con extremada lentitud, hasta que finalmente le fallaron las piernas y se desplomó.

Yo reaccioné antes, logrando colocarle un rodillazo en las ingles. Chris aulló, doblándose. Entonces le golpeé con el puño izquierdo en pleno rostro y con la diestra le di un tirón al arma, la cual pasó a mi poder sin mayores problemas. Chris, de todas formas, intentó resistirse. Pude aprovecharme de la pistola, pero preferí patearle, ahora con todas mis fuerzas, tal vez descargando en los golpes todo lo que siempre había deseado hacerle. Chris quedó arrugado como un gusano en el suelo, retorciéndose. En aquellos momentos derribaron brutalmente la puerta.

No me preocupé de eso. Con el arma aún en la mano avancé

hacia donde se encontraba tendida Leyla. Todo su esplendoroso cuerpo ya había dejado de palpar. Nada podía hacer por ella. Estaba muerta.

Maldije las pasiones, no éramos más que esclavos suyos, no podíamos vivir sin ellas.

La continué mirando hipnotizado, reflexionando sobre cuanto había sido nuestra relación. Todo había terminado. Con su muerte había muerto también mi pasión. Era el final del sueño.

Una mano se posó sobre mi hombro derecho. Giré el rostro y me encontré con el teniente Hunter.

Cuando me sacaron de la casa, esposado, vi a Edna. Ella había descubierto el lío entre Chris y Leyla, al vigilar a su hermano estrechamente, según explicó el teniente, incluso había querido avisarme para que la ayudara y aconsejara, pero yo me había negado, y entonces, sospechando que podían estar detrás de la muerte de Fleming, había ido a la policía. Realmente, le debía la vida.

Edna lloraba en silencio, casi oculta en las sombras. Me dolió profundamente, tanto como que me metieran en el mismo coche policial con el golfo de Chris.

EPILOGO

Volví al mundo meses después, una vez la sociedad estimó que había pagado mi parte de culpa en el asunto Fleming. Era un día gris, feo. Había llovido.

Yo me encontraba como el mismo día, a pesar de encontrarme nuevamente libre. Sabía que no podía contar ya con mi empleo y que allí en Denver sería difícil encontrar algo tras el aireamiento que habían hecho del caso los periódicos. Por otro lado, a nadie tenía. Estaba solo.

Por eso fue una gran sorpresa verla.

Edna me esperaba a la puerta, junto a un coche. Estaba más delgada y algo pálida. Ella también había sufrido, evidentemente.

Nos quedamos mirando durante unos largos segundos, escrutándonos. Nuestros ojos dijeron en breve espacio de tiempo más que nuestras gargantas.

—Hola, Frank.

—Hola, Edna.

—¿Subes?

—Sí.

Lo hice y ella al poco arrancó. Mirando la húmeda cinta de asfalto no sé por qué recordé algunas de las últimas palabras de Leyla respecto a nosotros. Tal vez tuviera razón, Edna y yo éramos la pareja apropiada, el uno para el otro, a pesar de los pesares. Y por eso nuevamente estábamos juntos, casi sin palabras, tras el bálsamo del tiempo.

Era el destino. Simplemente.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**